

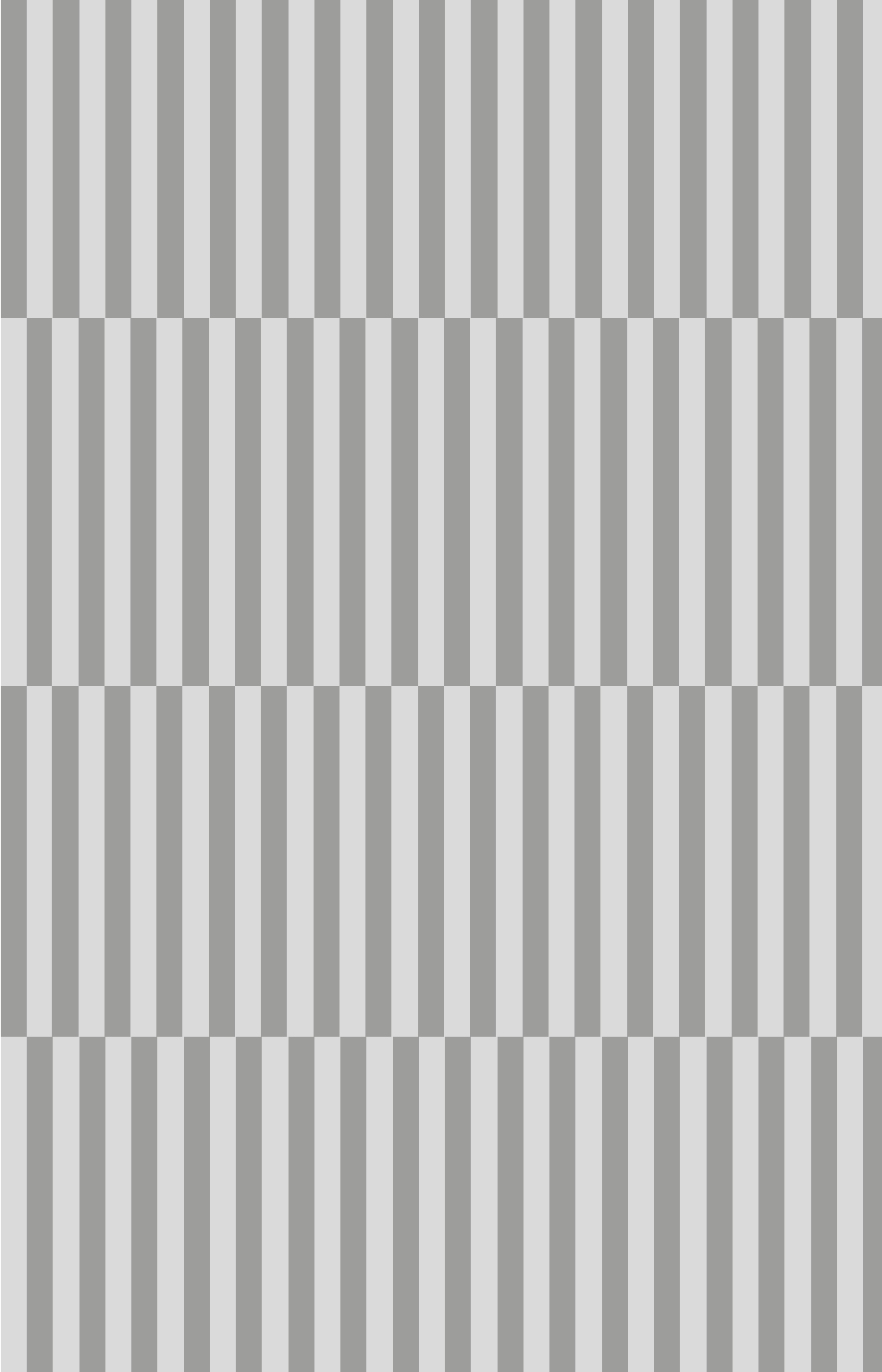
Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

**Margo
Glantz**

2010



PREMIO **FIL** DE
LITERATURA
EN LENGUAS ROMANCES





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **Margo Glantz**
2010



Marco Antonio Cortés Guardado
RECTORÍA GENERAL

Miguel Ángel Navarro Navarro
VICERRECTORÍA EJECUTIVA

José Alfredo Peña Ramos
SECRETARÍA GENERAL

Dulce María Zúñiga
DIRECCIÓN DE LA ASOCIACIÓN CIVIL
DEL PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA
Y DEL CARIBE JUAN RULFO

Raúl Padilla López
PRESIDENCIA DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Nubia Edith Macías Navarro
DIRECCIÓN DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Ruth Padilla Muñoz
DIRECCIÓN GENERAL DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Albert Héctor Medel Ruiz
SECRETARÍA ACADÉMICA DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Lilia Mendoza Roaf
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN
DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Itzcóatl Tonatuih Bravo Padilla
RECTORÍA DEL CENTRO UNIVERSITARIO
DE CIENCIAS ECONÓMICO ADMINISTRATIVAS

José Antonio Ibarra Cervantes
COORDINACIÓN DEL CORPORATIVO
DE EMPRESAS UNIVERSITARIAS

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
DIRECCIÓN DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

Sayri Karp Mitastein
COORDINACIÓN EDITORIAL

Jorge Orendáin
CUIDADO EDITORIAL

Claire Castillo Montenegro
DISEÑO ORIGINAL

Sol Ortega Ruelas
FORMACIÓN Y TIPOGRAFÍA:

© Jorge Salazar (Jors)
CARICATURA

© Alina López-Cámara
FOTOGRAFÍA

ISBN 978 607 450 319 7

Noviembre de 2010

Impresión
Coloristas y Asociados S.A. de C.V.
Calzada de los Héroes 315, Zona Centro
37000 León, Guanajuato

Primera edición, 2010

© Margo Glantz, Dulce María Zúñiga, Mario Bellatin,
Ricardo Sigala, Atzimba Mondragón Galindo

D.R. © 2010, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

D.R. © 2010, Secretaría de Cultura,
Gobierno de Jalisco

Jesús Alejandro Cravioto Lebrija
SECRETARÍA DE CULTURA

Av. La Paz 875
Colonia Centro
44180 Guadalajara, Jalisco

D.R. © 2010, H. Ayuntamiento de Guadalajara,

Jorge Aristóteles Sandoval Díaz
PRESIDENCIA MUNICIPAL

Myriam Vachez Plagnol
SECRETARÍA DE CULTURA

Hidalgo 400
Zona Centro
44100 Guadalajara, Jalisco

D.R. © 2010, H. Ayuntamiento de Zapopan,

Héctor Vielma Ordoñez
PRESIDENCIA MUNICIPAL

Jaime Prieto Pérez
PRESIDENCIA DE LA COMISIÓN DE PROMOCIÓN CULTURAL

Guillermo Arturo Gómez Mata
DIRECCIÓN DEL INSTITUTO DE CULTURA

Hidalgo 151
Centro Histórico
45100 Zapopan, Jalisco



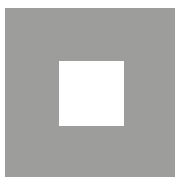
Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

**Margo
Glantz**

2010

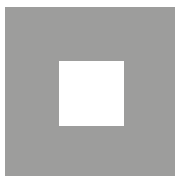




Índice

- 9** Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13** Margo Glantz
- 16** No hay nada más maravilloso
que la lectura
Margo Glantz
(Interpelada por Dulce María Zúñiga)
- 19** La pasante de notaria Murasaki Shikibu
Mario Bellatin
- 32** Margo Glantz, del placer de la
escritura al desorden cotidiano
Ricardo Sigala
- 39** Esbozo para elegir a Margo Glantz
Atzimba Mondragón Galindo
- 48** Tres personas distintas
¿alguna verdadera?
Margo Glantz





Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sean las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación Civil del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.

- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.





Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2010.

Acta del jurado

El día 28 de agosto de 2010 se reunió en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el jurado calificador de la XX edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2010, integrado por Juan Cruz Ruiz, de España; Diamela Eltit, de Chile; Cecilia García Huidobro, de Chile; Ana María González Luna Corvera, de México e Italia; Dario Jaramillo, de Colombia; Pedro Meira Monteiro, de Brasil y Estados Unidos; Sara Poot Herrera, de México y Estados Unidos. Una vez examinadas las candidaturas que se presentaron y desde las propuestas de los propios integrantes del jurado, éste decidió, tras cuidadosa deliberación, conceder el galardón, por mayoría, a la escritora mexicana Margo Glantz.

Margo Glantz obtiene el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2010, por su extensa trayectoria literaria, la renovación del ensayo y la narrativa, sus propuestas en torno a la crisis y frontera de los géneros mediante poéticas fundadas en la fragmentación y en el acopio de discursos provenientes de diversas disciplinas (música, artes visuales, *mass media*, entre otras). Margo Glantz ha puesto en evidencia la identidad latinoamericana como un viaje acabado e inacabable de múltiples realidades sociales, que generan un continente móvil que permite la vigencia de la lengua y su conexión múltiple con el mundo. También, por su aporte a los estudios sobre la literatura y las culturas del periodo colonial, los siglos XIX y XX, a nuestros días. De esta manera, configura espacios mezclados en donde emerge el sujeto femenino ya regido por las normativas del saber, o bien por los impulsos del cuerpo y sus eróticas. El "yo" en la escritura de Glantz muta velozmente y da lugar a una obra brillante y activa, que actúa como referente indispensable para nuevas generaciones de escritores.

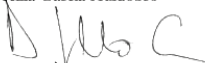
Firmantes

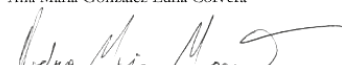

Juan Cruz Ruiz


Diamela Eltit


Cecilia García Huidobro

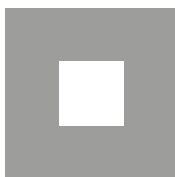

Ana María González Luna Corvera


Dario Jaramillo Agudelo


Pedro Meira Monteiro


Sara Poot Herrera





Margo Glantz

Nació el 28 de enero de 1930 en la ciudad de México. Estudió el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria número 1. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde impartían cursos varios personajes destacados como Alfonso Reyes, Julio Torri, Rodolfo Usigli, Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, José Gaos, entre otros. De 1953 a 1958 vivió en Europa, donde hizo el doctorado en Letras Hispánicas en la Universidad de La Sorbonne, París. En 1966 fundó y dirigió la revista universitaria *Punto de Partida*, año en que fue directora cultural del Instituto Cultural Mexicano Israelí.

En la Secretaría de Educación Pública encabezó la Dirección de Publicaciones y Bibliotecas. En 1983 fue directora de Literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes, donde promovió y dirigió numerosas publicaciones.

En 1986 fue agregada cultural en la Embajada de México en Londres.

NOVELA, CUENTO Y AUTOBIOGRAFÍAS

- *Las mil y una calorías* (1978).
- *Doscientas ballenas azules* (1979, 1981).
- *No pronunciarás* (1980).
- *Las genealogías* (1981).
- *Material de lectura: Margo Glantz. Fragmentos de Las genealogías, No pronunciarás, Síndrome de naufragios* (1990, 2006).
- *Apariciones* (1996, 2002).
- *Zona de derrumbe* (2001, 2006).
- *El rastro* (2002).
- *Animal de dos semblantes* (2004).

- *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador* (2005).
- *Saña* (2006, 2007).

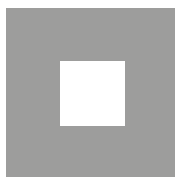
ENSAYOS Y CRÍTICA

- *Viajes en México. Crónicas extranjeras* (1964).
- *Tennessee Williams y el teatro norteamericano* (1964).
- *Onda y escritura, jóvenes de 20 a 33* [pról. y ant.] (1971).
- *La aventura del Conde de Rousset Boulbon* (1972).
- *No pronunciarás* (1980).
- *Repeticiones. Ensayos sobre literatura mexicana* (1980).
- *Intervención y pretexto. Ensayos de literatura comparada e iberoamericana* (1981).
- *La lengua en la mano* (1984).
- *De la amorosa inclinación de enredarse en cabellos* (1984).
- *Síndrome de naufragios* (1984).
- *La desnudez como naufragio: borrones y borradores* (2005).
- *Esguince de cintura [ensayos sobre narrativa mexicana del siglo xx]* (1994).
- *La Malinche, sus padres y sus hijos* (1994).
- *Sor Juana Inés de la Cruz, ¿hagiografía o autobiografía?* (1995).

PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

- 1982, Premio Magda Donato por *Las genealogías*.
- 1984, Premio Xavier Villaurrutia por *Síndrome de naufragios*.
- 1989, nombrada Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.
- 1991, Premio Universidad Nacional que otorga la UNAM.
- 1994, Profesora Emérita de la UNAM, así como el Council of the Humanities Fellow, por la University of Princeton, Estados Unidos.
- 1995, miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.
- 1996, beca Rockefeller.
- 1998, beca Guggenheim.

- 2002, finalista del Premio Herralde de novela con el libro *El rastro*.
- 2003, Premio Sor Juana Inés de la Cruz con el libro *El rastro*.
- 2004, Premio Nacional de Ciencias y Artes en el ramo de Lingüística y Literatura y creadora emérita del Sistema Nacional de Creadores.
- 2005, doctorado *honoris causa* por la Universidad Autónoma Metropolitana.



No hay nada más maravilloso que la lectura

Margo Glantz

(Interpelada por Dulce Ma. Zúñiga)

¿Cómo aparece en tu vida el interés por los libros? ¿Cuáles fueron tus primeras lecturas?

Desde muy niña leí. Mi padre era poeta y tenía muchos libros; me interesé muy pronto en los mitos griegos, leí novelas de Julio Verne, Emilio Salgari, folletines; también a William Shakespeare desde muy pequeña, caricaturas y novelas rosa.

¿Cuáles son tus obras o autores preferidos y por qué motivos?

Según las distintas épocas de mi vida he tenido autores preferidos diversos, pero siempre han prevalecido Fedor Dostoiewski, Jorge Luis Borges, Franz Kafka, William Faulkner, Marcel Proust; *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, *Astucia* de Ramón María del Valle-Inclán; *Cartucho* de Nellie Campobello; Juan Rulfo, Walter Benjamin, Roland Barthes, W. G. Sebald, Thomas Bernhard, Sor Juana Inés de la Cruz, Elena Garro, Bernal Díaz del Castillo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca; Calderón de la Barca, Christa Wolf, Susza Banks, Ingeborg Bachmann, Marosa di Giorgio, Blanca Varela, Carlos Sigüenza y Góngora, Lope de Vega, San Juan de la Cruz y miles más. ¿Por qué? Pues creo que no hay nada más maravilloso que la lectura.

¿Te identificas con alguna tradición literaria en particular?

Por lo que ya te decía antes, he sido seguidora de muchas tradiciones literarias, la japonesa por ejemplo y la mexicana popular, que debería leerse más.

¿Se puede diferenciar la literatura escrita por mujeres de la que producen los hombres?

No estoy segura, a veces pienso que sí la hay, que hay una manera especial de ver las cosas que tienen que ver con la identidad sexual. Creo que es un problema meramente cultural y que, cuando haya una mayor igualdad, estas diferencias desaparecerán y surgirán otras de diferente tipo. Considero que hay cierta discriminación contra la escritura de mujeres en los países donde aparentemente no se les discrimina, como Francia o Estados Unidos, y claro, en México y América Latina donde ha habido y hay grandes escritoras. Pero también imagino que algunas autoras escogen escribir como se espera que debieran escribir las mujeres, con estereotipos y clichés que funcionan comercialmente y de manera muy convencional, con falsas transgresiones y aparente osadía, determinando de antemano un tipo de escritura uniforme.

¿Cómo influye “si es que sucede” el momento histórico-social en la escritura literaria? ¿El escritor debe ocuparse de las cuestiones sociales de sus respectivos países?

No se puede ni se debe generalizar, hay muchos tipos de escritores, hay quienes asumen un compromiso social y político de manera abierta, otros se convierten en escritores panfletarios, unos más se dedican simplemente a escribir, pues saben que de cualquier manera toda literatura es implícitamente política, sin que se necesite anunciarlo con un altavoz.

¿Qué crees que los jóvenes puedan encontrar en los libros? ¿Consideras importante inducir a un joven a la práctica de la lectura? ¿De qué manera?

Creo que todos deberían leer, que la educación es fundamental para la gente; por desgracia, no sólo en México, sino en todo el mundo, hay una tendencia a debilitar la educación pública, cosa

que en nuestro país ha alcanzado proporciones alarmantes. Los niños deben empezar a leer en sus casas, pero, como es obvio, no siempre es posible, debería ser la escuela la que los incitara a leer con programas explícitamente planeados para ello; programas en donde debe incluirse a los maestros y ojalá también a los padres.

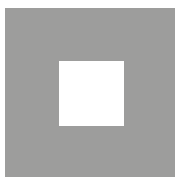
De los libros que has escrito, pensando en un lector joven, ¿cuál recomendarías leer primero?

Recomendaría *Las genealogías* y algunos cuentos de *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*.

Hace muchos años se ha pronosticado la desaparición del libro impreso, del libro como objeto y su probable sustitución por otros “soportes” más modernos, como los libros virtuales, electrónicos o en audio y video. ¿Qué opinión te merece esto?

En todas las épocas se ha visto cómo desaparecen objetos que parecían indispensables para la humanidad, la imprenta es relativamente reciente, apenas cinco siglos; los nuevos inventos técnicos ya cambiaron totalmente la percepción de las cosas y los jóvenes las han incorporado natural y muy rápidamente, sin embargo, creo –utopía– en la vigencia eterna del soporte papel, o dicho vulgarmente, en los libros.





La pasante de notaria Murasaki Shikibu

Mario Bellatin

Recuerdo cierta tarde de otoño en el estudio de Nuestra Escritora. La luz entraba a través de las plantas de la terraza e iluminaba no sólo los libros de la parte central de la biblioteca, sino la que caía también sobre una serie de papeles desperdigados sobre la mesa de trabajo. Esas hojas eran los eternos bosquejos que Nuestra Escritora tiene prometido publicar en un gran volumen: su famoso libro de viajes. Le pregunto sobre aquellos fragmentos y me contesta que la mayoría han sido ideados durante los interminables traslados en vagones de tren que la han transportado. Me dijo que cuando el viajero se encuentra solitario en su compartimento, con la mente desocupada, acostumbra mirar sólo el paisaje. Cavilar sin pensamientos. El espíritu del trashumante, motivado únicamente por lo que aparece en forma fugaz ante sus ojos, responde de manera casi inconsciente a aquella seducción. Podríamos decir que el estímulo, mediante suaves llamadas, transporta a la persona a un estado que Nuestra Escritora acostumbra denominar —en secreto, eso sí— cuasi metafísico. Es probable que todos los viajeros de tren que —sin pensar en nada preciso— miran por la ventanilla compartan una experiencia semejante. El embeleso que se produce en el vagón, conjurado por el paisaje y sus formas, es de naturaleza casi única. Nuestra Escritora suele confesar que siempre deseó que existiera un tren que fuera más rápido que el tiempo, que sea guiado por la locomotora del talento —estas palabras tan elementales, sobre todo lo relacionado con la locomotora del talento, Nuestra Escritora nunca se atreve a repetirlas en público— y de los sueños. Un tren al que nunca le alcancen las situaciones banales de la existencia. Nuestra Escritora, trabajando en aquel estudio iluminado por una luz tenue, parece demostrarlo con frecuencia. Sabe que la especial atmósfera que se suelen presentar en los vagones de tren,

ciertas personas son capaces de que sucedan en cualquier parte. Nuestra Escritora me dice, quizá para comprobar esa teoría, que uno de los lugares más maravillosos del mundo que conoce son, sin duda alguna, las cuevas de Ajanta, ubicadas en la India. Aquellos templos budistas, esculpidos en medio de las montañas se presenta como uno de los aún posibles milagros terrestres. Es decir, que a la manera del Sagrado Quorán, o de la incorruptibilidad de algunos cuerpos, son posibles de palpar de manera casi física estos hechos maravillosos. Recuerdo alguna vez que junto a Nuestra Escritora nos mostraron, en cierto templo perdido en un pueblo ubicado alrededor de un desierto polvoriento, ciertas reliquias que nos aseguraron eran auténticas: la huella del pie que un profeta dejó grabada en una piedra sólida, y una larga tira de pelo inerte que nos aseguraron se trataba de un mechón de barba del mismo personaje. No lo creímos en absoluto. En cambio, en asuntos como el Sagrado Quorán, por ejemplo, la incorruptibilidad de ciertos cuerpos, o la presencia de las cuevas de Ajanta no se pone en juego ningún mecanismo de una fe semejante. Se trata más bien de hechos concretos que cada uno de nosotros estamos en la condición de verificar. Están más allá de nosotros mismos y de la percepción que podamos tener del universo. Para acceder a las montañas de Ajanta se deben subir cientos de escalones. Los buses que suelen conducir a los turistas a las inmediaciones del lugar, dejan sus vehículos al borde de las impresionantes escaleras. Se estacionan en unas explanadas construidas especialmente para ese fin. Con respecto a la incorruptibilidad de la carne, a Nuestra Escritora le llamaba mucho la atención el capítulo de dedicado al Monje Zosime. Mientras tomábamos las curvas de la carretera que nos llevaba a las famosas cuevas, Nuestra Escritora no dejaba de asombrarse con el contrasentido reflejado en las páginas de Dostoievsky. En la sorpresa que mostraban en el libro los adoradores de Zosime cuando descubrieron que pocas horas después de muerto su cuerpo comenzó a heder como el de un mujik cualquiera. En el momento de nombrarle a Nuestra Escritora el otro milagro, el de la existencia del Sagrado Quorán, advierto que desea dar la impresión de no mostrar el menor interés. Al contrario, afirmó en ese momento que era suficiente, con

respecto a asuntos místicos, con conformarse con las reliquias para turistas que nos mostraron en la gran mezquita ubicada en el corazón de Old Delhi. El tercer milagro, el de las cuevas de Ajanta, se nos presenta, por fin, mostrando como antesala un explanada y unas escaleras interminables. Delante nuestro las escalinatas que llevan a las cuevas se tornan infinitas. Casi de inmediato se le acercan a Nuestra Escritora una serie de sujetos ofreciendo subirla los cientos, miles, millones de escalones, acomodada en un palanquín. A Nuestra Escritora le enfada un servicio semejante. Pregunta por qué se dirigen primero a ella y no a los demás turistas que nos rodean. Luego, quizá para demostrar lo equivocados que estuvieron al considerarla una víctima fácil de convencer, comienza a subir por sus propios medios y, de manera compulsiva, los escalones. Lleva atada al cuello una de color naranja encendido, de la que no se ha desprendido desde que fue adquirida dos días atrás. Mientras los demás visitantes comienzan a orientarse con respecto a la dirección a tomar, Nuestra Escritora ya está subiendo por las escaleras. Como lo sabemos, a Nuestra Escritora le había parecido un despropósito mayor que le hubieran propuesto un palanquín para trasladarla hasta las cuevas. Abandonó por eso al resto del grupo y comenzó a subir los escalones a una velocidad sorprendente. Por más que el resto quiso seguirla fue imposible hacerlo. Se perdió rápidamente entre los recodos y salientes que caracterizan a la escalera de piedra. Algunos podrían pensar que el único prodigio de la jornada podía consistir en este ascenso ágil e imparable de Nuestra Escritora, pero en realidad sucedió durante aquella jornada otro hecho más relevante, del que quizá ni Nuestra propia Escritora sea consciente: se perdió durante tres días. Desapareció por completo. Cuando actualmente se le pregunta por aquellas jornadas, Nuestra Escritora afirma ignorarlo todo. Según ella, realizó la visita a las cuevas como todos los demás. Pero eso no es cierto. Lo sé porque el secreto de una ausencia semejante se encuentra escrito en algunos de los fragmentos del libro de viaje que promete pronto publicar. En aquel pasaje de la obra –que logré leer cierta vez en que me los cedió para una posible corrección– afirma que cierta mañana de verano la Dama Shikibu –es decir, Nuestra Escritora– despertó convertida en

un joven pasante de notario. No pudo imaginar en esos momentos –hay que recordar que se hallaba subiendo en forma alocada las escaleras que conducen a las cuevas de Ajanta– qué era lo que había podido suceder para encontrarse en una situación semejante. Desde el primer momento descartó que el hecho tuviera relación con el proceso de clonación al que se había sometido meses atrás. En efecto, en ese tiempo Nuestra Escritora –la Dama Shikibu– participó en una performance de orden artístico –que organizó un grupo de artistas del mundo flotante– donde instruyó, precisamente a un joven pasante de notario, en los diez temas literarios que más le interesaran en el momento para que los repitiera el joven, sustituyéndola a su vez, en un congreso que se llevó a cabo en París–. Pero para Nuestra Escritora aquello sólo se trató de una experiencia de orden estético y no podía ser que en este momento, mientras subía de manera un tanto alocada las escaleras de una de las maravillas del mundo, fuera ella misma el joven notario que la había representado en aquella ocasión. Pero allí se encontraba Nuestra Escritora. Acostada en su cama, al amanecer, convertida en un futuro interpretador de leyes y facilitador de trámites. Antes de que apareciese en su habitación el personal de servicio a su cargo, pensó vagamente en el texto , de Virginia Woolf. Se dijo a sí misma que al fin, a su edad, se veía transformada nuevamente en un personaje de novela. Parecía no haber sido suficiente con pagar su culpa, la que le causaba haberse introducido desde niña en los misterios de la creación, con desaparecer durante tres días en las cuevas de Ajanta. No es casual recordar que a la escritora Agatha Christie le sucedió algo parecido durante un oscuro pasaje de su vida. Es decir, desapareció por tres días sin dejar ningún rastro. Al haberse transformado años atrás en la respetable Dama Murasaki Shikibu –la autora más importante del Japón de todos los tiempos–, se vio obligada a terminar, a como diera lugar y contando solamente con pincel, tinta y pergamino, la última parte del inconcluso Genji Monogatari. Cuando a Nuestra Escritora le fue encomendada semejante tarea, hizo lo que su talento le permitió realizar. Ofrendó a la historia de la literatura aspectos de la obra que no se le hubieran podido ocurrir ni a la misma Murasaki Shikibu, como aquel pasaje en

el que cuenta cómo una dama judía, que extrañamente se encontraba viviendo en Japón, logró deshacerse de una aparentemente caritativa mujer que se empeñaba en alimentar a su perro en contra de su voluntad. Sucesos semejantes no se los hubiera podido imaginar jamás la escritora medieval Murasaki Shikibu, pues su vida y posibilidad de adquirir conocimientos habían sido regidos por una disciplina férrea, que le hubiera impedido conocer diversos aspectos de la naturaleza humana. Estas limitaciones no le impidieron, desde luego, que a través de los siglos fuera aplaudida y admirada por decenas de generaciones ilustradas. Sin embargo, en este momento, mientras Nuestra Escritora despertaba convertida en un joven pasante de notario, las alabanzas, las cátedras creadas en su nombre, los premios instituidos en su honor, se iban desvaneciendo mientras Nuestra Escritora iba constatando –sintiendo aquel cuerpo cuadrado vestido con traje y corbata– que ya no era Nuestra Escritora transformada en Murasaki Shikibu, ni tampoco Nuestra Escritora perdida mientras subía las escaleras que conducían a las Cuevas de Ajanta. La manera cómo se daba este paso le parecía, además, algo degradante. En su transmutación anterior –cuando Nuestra Escritora pasó a ser Murasaki Shikibu, la transformación había sido la de una gran escritora a otra gran escritora. Ahora, en cambio, pasaba a ser representante de un oficio que desde niña había considerado como un oficio menor. Similar tal vez a como veía a los cargadores que en la India llevaban sobre sus hombros a las personas que contaban con el dinero, y la falta de consideración en el esfuerzo del otro, como para hacerse transportar en un palanquín. O también de una naturaleza similar a la de aquella señora que en el Japón Medieval dedicaba su vida a dar alimento a los perros ajenos. Mientras tanto el resto del grupo, cuando Nuestra Escritora se encontraba perdida en medio de la excursión, llegó después de algunas dificultades a la cumbre y recorrió, una a una, las maravillosas cuevas. Ingresamos a los espacios destinados a los distintos ritos budistas, a las celdas esculpidas dentro de la roca –donde los monjes pasaban vidas enteras experimentando la precariedad más absoluta–, apreciamos hasta en sus mínimos detalles las majestuosas esculturas que mostraban al Budha en distintas posiciones. Sin

embargo, Nuestra Escritora no se encontraba presente en ninguna parte. En un principio pensamos que estaría inmersa en alguna clase especial de pesquisa, que el resto del grupo no había podido todavía descubrir. Pero las horas comenzaron a transcurrir y la oscuridad a nuestro alrededor se comenzó a hacer cada vez más evidente. Pronto, cuando la oscuridad era casi total, corríamos el peligro de quedar aislados en ese lugar. La temperatura había bajado de manera evidente. No contábamos con los pertrechos necesarios para permanecer allí. Se nos ocurrió que cabía la posibilidad de que Nuestra Escritora hubiera regresado antes que nosotros, y seguramente había bajado sola los cientos de escalones con la misma celeridad con la que los había subido. Lo más probable era que se encontrara esperándonos en la explanada de los buses de turismo. Emprendimos entonces la bajada. Pero cuando llegamos al punto donde nos esperaban los choferes, nadie nos pudo dar ninguna razón sobre Nuestra Escritora. Aquellos hombres nos recibieron hablando en su lengua y algunos agitaban los brazos. Parecían querer irse lo más pronto posible. Habíamos demorado mucho más que el tiempo previsto. Al notar nuestro desconcierto por la ausencia de Nuestra Escritora, los choferes dijeron que de noche la carretera era peligrosa y que partirían de inmediato. Había que tomar una decisión. Algunos creyeron que Nuestra Escritora podía haber sufrido algún accidente, otros que tal vez había sido secuestrada. Sólo yo, que creo conocer ciertos aspectos del lado oscuro de Nuestra Escritora, creí ver en aquella situación un símbolo más de algunas de sus frecuentes transformaciones. No era casual que en el momento de leerlo le hubiera causado tanto impacto el trance de putrefacción del Padre Zosime. Siguiendo con Dostoievsky, un golpe similar le causó leer las tres noches que pasó el Príncipe Mishkin al lado del cadáver de Natasha Filipovna, en compañía de su rival Rogoshin, mientras ambos se turnaban para arrojar chorros de desinfectante sobre el cuerpo amado y maloliente. Estoy seguro de que en ese momento Nuestra Escritora no se encontraba escondida en algún recodo de las cuevas sino representando, tal vez, la escena de la dama judía atormentada por la mujer japonesa que se empecinaba en darle de comer a sus perros. ¿Qué haría una dama

judía viviendo sola con un perro en el Japón Medieval? Podría uno preguntarse. Este hecho, que para muchos puede resultar fuera de lo común, es precisamente el que le otorga al Genji Monogatari la fantasía necesaria para que no sea tomado como un Tratado de Costumbres. En el momento de su desaparición en Ajanta, Nuestra Escritora, en su rol de autora que no sale de su casa, acababa de abandonar su estudio y se encontraba, esperando, agazapada, al lado de la puerta que daba a la calle, la hora exacta en que la amante de los perros, que merodea la zona donde vive, amarre en la puerta de la chapa la bolsa de comida para su perra. Nuestra Escritora suele aguardarla escondida detrás de las cortinas del comedor. Días atrás ha dado la orden, al personal a su servicio, que no saquen por ningún motivo la perra a la calle. En contra de la forma libre como ha sido criada desde que era una cachorra, a partir de que la mujer obsesionada con darle de comer a su perra da vueltas por la casa, debe llevar la vida triste de un perro faldero. Nuestra Escritora desea hacerle saber a aquella mujer que su perro no es un animal callejero. Es más, debe advertir que se trata nada menos que de la perra de Nuestra Escritora, que aparecerá retratada más de una vez en el libro de viajes que la autora piensa publicar pronto. Algunos pueden pensar que ese animal ha viajado más de una vez en compañía de su ama, pero esto no es cierto. Nunca ha salido de viaje. Jamás ha ido más allá de uno de sus habituales paseos, sola y libre como anoté, en uno de los cuales la descubrió la mujer que la pretende alimentar a como de lugar. ¿De dónde provendrá la necesidad casi compulsiva de esa mujer por alimentar perros ajenos?, me pregunto al releer este texto. Nuestra Escritora, me lo dijo cierta vez en que corregía un cuento suyo, parece presentir que esa persona posee una necesidad profunda y compleja. Nuestra Escritora me dijo en esa ocasión de que la mujer que alimenta perros posee ese extraño don por medio del cual alguien se vuelve personaje literario. Está segura de que esa mujer puede ser colocada en el vagón de un tren y seguramente será capaz de cavilar sin pensamientos durante su travesía. De mirar sólo el paisaje. De transcurrir dentro del tiempo privilegiado que sólo es capaz de otorgar un vagón de tren cruzando alguna estepa de noche. El

mismo sino de Natasha Filipovna, de la Dama Murasaki Shikibu, pero no presente de ningún modo en la figura de pasante de notario con la que acaba de amanecer. Se siente bastante incómoda con este nuevo papel. Sabe, otra vez, que sólo Dostoievsky hubiera podido darle un carácter de trascendencia a ese personaje gris, a esa suerte de burócrata de las memorias del subsuelo en el que estaba convertida, pero no ella, Nuestra Escritora, quien había logrado una de sus más importantes proezas cerrando para siempre la obra maestra el Genji Monogatari. No podría hacer nada interesante con aquel pasante de notario, sobre todo si se encontraba perdida en medio de las cuevas de Ajanta y alerta, al mismo tiempo, a la aparición de la mujer que pretende dejar colgada en la puerta de su casa una bolsa de comida para perros. En la explanada de los autobuses de turismo, mientras decidíamos qué hacer ante la desaparición de Nuestra Escritora, forzados por la excitación que mostraban los choferes y los mendigos, muchos de los cuales veían en nosotros una de las últimas oportunidades del día para conseguir algunas rupias, no apartábamos la vista de las escaleras. Manteníamos la esperanza de ver aparecer de un momento a otro la naranja que Nuestra Escritora compró apenas llegó a la India, y que no había dejado de usar en ningún momento. Contra la sugerencia de los choferes y de los mendigos decidimos volver a subir. Éramos cinco los miembros del grupo que llegamos a las cuevas al lado de Nuestra Escritora. Los cinco subimos nuevamente, con la oscuridad creciente se nos hizo mucho más complicado el ascenso. Nos introdujimos en la primera cueva que encontramos. El amanecer del primer día fue el más hermoso. Fue parecido al que describe Murasaki Shikibu cuando Genji regresa de la cita galante que mantuvo con la mujer del samurai Hiroshi. La luz se filtró por el contorno de los Budhas, haciéndonos creer como si hubieran sido bordados en la piedra con delicadísimas fibras de algodón. En el momento en que nos estábamos deleitando con aquel amanecer tan especial, un niño entró inesperadamente a la esquina donde estábamos recludos. Nos sorprendió que hablara en un inglés nítido. Nos preguntó si éramos los compañeros de peregrinación de la mujer sabia, aquella que en ese momento se encontraba reunida

con algunos maestros en la cueva más alta que existía en la montaña. Yo sabía que no se trataba de ella. Al menos no en ese momento, pues Nuestra Escritora estaba en ese mismo instante escondida detrás de las cortinas del comedor, que cuenta con una ventana a la calle, esperando la llegada de la mujer de la comida. Imitando, casi a la perfección, a aquella perdida mujer judía que vivía, sabe Dios por qué razones, en medio del Japón Medieval. Como decía, la perra de Nuestra Escritora aparecerá en el libro de viajes como una suerte de aparición fantasma, pues nunca ha acompañado en ninguna travesía lejana a Nuestra Escritora. En realidad, en las crónicas se referirá a la necesidad que le causó en muchas ocasiones la presencia de aquel animal. Dirá que la extrañó cuando admiró desde una butaca de teatro en San Petersburgo las noches que pasó el Príncipe Mishkin junto al cadáver de Natasha Filipovna. Que echó de menos su presencia la vez en que por razones de un accidente sin mayor trascendencia tuvo que pasar largas horas aferrada a la eslora de una canoa que se desplazaba entre las estalactitas de una cueva en Guatemala. Pero la mujer que pretende dejar comida en la perilla de la puerta ignora estos detalles. Quiere colgar, a como dé lugar, la comida que está segura le es negada a la perra dentro de esa casa. Nuestra Escritora continúa escondida esperando. Está segura de que a pesar de la aparente tardanza la mujer de la comida no abandonará ese día su empeño. Esta vez sí quiere darle un escarmiento. Ya ha tratado antes de persuadirla, aunque no llegó a los extremos de la mujer judía asediada por aquella japonesa dadivosa. En el Genji Monogatari, Nuestra Escritora afirma que fueron necesarias ochenta puñaladas para que una pudiera librarse de la otra. Nuestra Escritora no llegó a tanto. Sin embargo, pese a todo desató un caos difícil de olvidar en la ciudad. Lo primero que hizo Nuestra Escritora, meses atrás, cuando acababa de advertir la pulsión por tratar de alimentar a su perra, fue tratar de invitar a la mujer a tomar té en su casa para explicarle que contaba con los recursos suficientes como para mantener de una manera sana a su animal de compañía. Pero aquella mujer no quiso nunca hablar con ella. No aceptó jamás ninguna de las invitaciones. Parecía bastarle continuar con su verdad a cuestas, la de que ese

animal era mantenido en las peores condiciones. Nuestra Escritora comenzó entonces a evitar que la fueran a visitar sus amigos durante el día. La humillaba que los demás pensaran que no mantenía de manera adecuada la rutina que debe llevar un perro. Quiso evitar que las personas con las que trataba vieran a la mujer con la bolsa de comida en la mano. Curiosamente, fueron los Maestros con los que se reunió en la cueva más alta de Ajanta los que le propusieron una solución. Claro, que esta reunión con los Maestros se llevó a cabo mucho después de que el asunto con la mujer de la comida quedó solucionado. Es quizá por eso, porque los hechos no ocurrieron en un orden cronológico, por lo que transcurrieron como en un tiempo paralelo. Es la razón también por la que los protagonistas guardan un recuerdo difuso de los hechos. Cuando el niño entró en la cueva dijo que la mujer que hablaba con los Maestros era en realidad una niña que llevaba al cuello una diseñada para adultos. Una niña que repetía, una y otra vez, que odiaba tanto a los pasantes de notario como a las mujeres que daban alimento a los perros ajenos. A pesar de lo que cualquiera hubiera creído, los Maestros le recomendaron, nos lo dijo el niño en su perfecta dicción, que debía primero hacer una historia de su ciudad, de sus cambios y extrañezas, a través de un grupo de zapatos autónomos y caminantes. De una suerte de zapatos con vida propia que van de un lado para otro sin que nadie advierta su presencia. Como si se trataran, más bien, de una jauría de perros vagabundos. Le dijeron asimismo que realizara después una biografía de su padre. Que lo convirtiera en un poeta que cultivase el yidish como medio de expresión. Que explorase, de una vez por todas, lo que se conoce como el alma judía. Que se sumerja en el legado de los creadores contemporáneos como Joseph Roth, Isaac Singer, Gustav Meynrick o el mismo Franz Kafka. Le aconsejaron que, de alguna manera, exorcizara el crimen que cometió aquella judía perdida en el Japón, quien asestó ochenta puñaladas a la mujer que, día tras día, trataba de alimentar a su perro. Era por eso que, durante algún tiempo, Nuestra Escritora se convirtió en Murasaki Shikibu. El fin de esa transformación había sido el de corregir el destino de una mujer asesina perdida en una tierra con la que no tenía por qué tener la

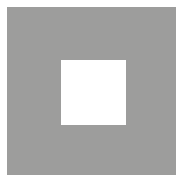
mínima comunicación. Según los Maestros, Nuestra Escritora debía hacer un conglomerado de historias inverosímiles, donde confluyeran verdad y ficción, realidad e irrealidad, absurdo y solemnidad, donde se encontrasen confundidos los tiempos en ritmos cíclicos y eternos. Por último, aquellos Maestros le pidieron que fabricara un Golem con barro del jardín de su casa. Era preferible que fuera un muñeco con esas características el que pusiera fin a la situación por la que pasaba Nuestra Escritora, que seguir el ejemplo de la pobre mujer judía que tuvo que asestar nada menos que ochenta puñaladas seguidas. La primera orden que recibiría el muñeco de barro –suerte de zombie sin voluntad propia que crecería de manera descomunal– sería la de hacer que la mujer de la comida no se acercara más a la casa de Nuestra Escritora. Pero Nuestra Escritora sabía que crear semejante ser era sumamente peligroso. Que era casi imposible evitar que creciera de manera descomunal y, llegado el momento, ni la propia Nuestra Escritora sería capaz de llegar a su frente para quitarle las letras que eran las que le otorgaban la especie de vida que seguramente tendría. Aquel monstruo muy pronto escaparía de la casa, de la zona donde merodeaba la mujer con la bolsa de comida, y caminaría por calles cada vez más solitarias. Seguramente se alimentaría de perros callejeros en su camino. De los mismos que la mujer aparentemente enajenada se encargaba de alimentar. Asustaría con su presencia a algunas personas, aunque a otras seguramente les parecería un ciudadano normal. Hasta que llegaría el temido momento en que el muñeco adquiriese una suerte de libre albedrío. Desde ese instante nadie podría ya detenerlo. Se adueñaría de las plazas, de las fuentes, de los puentes de la ciudad. Las balas que la policía les dirigiría serían inocuas. Nadie podría enfrentarlo para despojarlo de las letras que llevaba en la frente. Después de algunas pesquisas, tal vez llegasen algunos investigadores a la casa de Nuestra Escritora, quien les abriría convertida ya en todo un pasante de notario. Se vería a Nuestra Escritora no vestida a la manera oriental, como cuando fue Murasaki Shikibu, ni como una elegante dama llevando una de color naranja envuelta al cuello. Le abriría la puerta a los investigadores vestida con traje y corbata. Calzada con unos zapatos estilo mocasín de tacón

bajo. Algunos vecinos habrían levantado la denuncia que desde esa casa habían visto salir un muñeco de barro furibundo que iba creciendo con una rapidez descomunal. El pasante de notario, como es lógico, guardaría un respetuoso silencio. A partir de entonces, la puerta de la casa se vería libre de bolsas de comida para perros, pero ¿cuánto duraría una mutación semejante?, ¿hasta qué momento Nuestra Escritora se vería obligada a ir por la vida como si fuera una selladora de tratos legales? Los Maestros de las cuevas de Ajanta estaban incapacitados para resolver una pregunta semejante. Sólo aseguraron que Nuestra Escritora, al regresar a su casa del trabajo y acostarse frente al sofá a ver la televisión con una lata de cerveza en la mano, vería sin duda las imágenes de la destrucción que iba causando el extraño ser que había creado con el barro del jardín de su casa. Miraría la destrucción de una ciudad lo suficientemente estragada y encallecida como para soportar sin inmutarse una barbarie más. Nosotros, los del grupo que esperábamos la aparición de Nuestra Escritora en las cuevas de Ajanta, no supimos cómo reaccionar ante la afirmación que aquel niño nos iba ofreciendo. Sólo pudimos estar seguros de que hablaba de Nuestra Escritora cuando nos describió los detalles de la que llevaba envuelta al cuello. Al parecer, los Maestros de las cuevas de Ajanta la habían estado esperando desde tiempo atrás. La llegada de Nuestra Escritora a semejantes alturas estaba anunciada en una tradición de la zona que afirmaba que una mujer extranjera –relacionada de alguna manera con un ser errante que había matado de ochenta puñaladas a una mujer oriental que pretendió alimentar a su perro– subiría, sin la ayuda de nadie y a una velocidad asombrosa, los dos mil escalones necesarios para encontrar por sí misma la cueva mayor, la que siempre se encontraba oculta a los ojos de los turistas. Durante los siguientes dos amaneceres esperamos la llegada del niño trayendo noticias. Para ese entonces ya nos encontrábamos pertrechados de manera correcta. Habíamos realizado un viaje de aprovisionamiento al poblado más cercano. No quisimos dar aviso a las autoridades. Comprendimos, por la información que nos iba transmitiendo el niño principalmente, que la desaparición de Nuestra Escritora debía resolverse por sí misma. El niño

añadió que ya no la veía como una niña sino como una Maestra de la talla los demás Maestros reunidos. Lo dijo porque pareció haber dejado asombrados a los Maestros cuando les contó que ya había hecho un libro de zapatos autónomos que se terminaban convirtiendo en una suerte de perros callejeros. No crean ustedes que los miembros del grupo, o la misma Nuestra Escritora, éramos del todo conscientes de la experiencia por la que pasamos en aquella ocasión. En determinado momento algo sucedió que hizo que la olvidáramos por completo. El tiempo y el espacio presente en esas cuevas pareció sufrir de pronto un repliegue y, sin advertirlo, nos encontramos de manera repentina en el punto en el que veíamos a Nuestra Escritora subiendo a pasos acelerados las escaleras que conducen a las cuevas de Ajanta. Sólo si cotejamos nuestras bitácoras de viaje podremos constatar que Nuestra Escritora desapareció por tres días. Los mismos que tardó el Monje Zosime en corromperse totalmente. Un tiempo similar al que le tomó al Orlando darse cuenta, en toda su plenitud, de que gozaba de otro cuerpo y de una intemporalidad casi total. El mismo tiempo que le tomó a Dios revelar por última vez su palabra en el Quorán. Pero ahora, lo que parece realmente importar es saber cómo logrará el joven pasante de notario hacerse cargo del libro de viajes que Nuestra Escritora nos tiene prometido. No puedo imaginar cómo un ser tan burdo será capaz de desplazarse por el delicado estudio, donde cada elemento que lo compone ha sido colocado con precisión. Cómo disfrutará de la luz ingresando a través del jardín artificial que Nuestra Escritora mantiene en el techo de su casa. Aunque tengo la esperanza de que este tránsito sea fugaz y que Nuestra Escritora pronto vuelva a tener la majestuosa apariencia de una de las más importantes escritoras del siglo XXI. Quizá ocurra cuando vuelva a caer de una canoa en Guatemala, y se vea obligada a pasar largas horas en el agua agarrada de sus bordes, pues tratar de abordarla significaría volcarla en plena travesía.

[Fragmento]





Margo Glantz, del placer de la escritura al desorden cotidiano

Ricardo Sigala

Una trayectoria larga y constante

La obra que Margo Glantz ha venido construyendo con paciencia de tejedora desde hace casi cincuenta años es sorprendentemente variada y múltiple, desde sus trabajos críticos y ensayísticos –cuyas temáticas oscilan entre las crónicas de viajes, el teatro mexicano y estadounidense, la literatura de la onda, la ecología, la literatura iberoamericana, sor Juana Inés de la Cruz, la Malinche, las crónicas de Indias y la literatura colonial– hasta su obra de ficción que incluye novela, cuento y el género biográfico.

Esta obra, aunque lejos de los escaparates y mesas de novedades, siempre tuvo un lugar en el panorama de la literatura mexicana, quién puede ignorar el imprescindible *Onda y escritura, jóvenes de 20 a 33* de 1971, o su premio Xavier Villaurrutia del año 1984 por *Síndrome de naufragios*, o bien su novela *El rastro*, Premio Sor Juana Inés de la Cruz en 2003 y finalista del Premio Herrolde un año antes; esa presencia sólida y constante pone a esta escritora mexicana en una posición que pocos pueden mantener: la del trabajo continuado, la del compromiso con la conformación de una obra que no busca sostenerse en el deslumbramiento del éxito ocasional sino en la demostración de una vocación y entrega a la escritura, esa máxima gratificación que un autor puede recibir, más allá de los premios y los reconocimientos.

Es por eso que se puede afirmar que Margo Glantz es una escritora en uno de los sentidos más puros de la palabra, pues es claro que se ha dedicado incansablemente a escribir su obra sin preocuparse, como lo hacen algunos obsesivamente, de promocionarse como figura pública o mediática; por el contrario, su espacio de desarrollo fue la academia, la investigación, la propuesta

estética y la generación de más de cuarenta volúmenes que nos muestran la convivencia en una obra, por demás personal, del análisis, la crítica, la comprensión de los fenómenos históricos y contemporáneos con una imaginación y un sentido lúdico propios de un espíritu juvenil y provocador, perturbador de las estructuras canónicas de la literatura.

La casi siempre discreta aparición de los libros de Glantz no impidió que en las recientes décadas la escritora recibiera un buen número de distinciones y reconocimientos por su labor de indagadora de las más diversas realidades de la cultura mexicana; las becas Rockefeller (1996) y Guggenheim (1998) son una muestra de su reconocimiento internacional. Los premios Universidad Nacional (1991) y el Nacional de Ciencias y Artes en la rama de Lingüística y Literatura (2004) auguraron el doctorado *honoris causa* que le otorgó la Universidad Autónoma Metropolitana en 2005. Glantz es además maestra emérita de la Universidad Nacional Autónoma de México, Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, investigadora emérita del Sistema Nacional de Investigadores, creadora emérita del Fondo Nacional Para la Cultura y las Artes, y en 2010 se le otorgó el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, antes conocido como Juan Rulfo, y que se ha consolidado como el más importante en el mundo de habla hispana sólo después del Premio Cervantes. Como se puede observar, la gran mayoría de los reconocimientos hechos a la obra y trayectoria de Glantz tienen en común el estar respaldados por muchas de las instituciones con más prestigio y seriedad tanto en el país como fuera de éste; las características de su obra están distantes de los premios de relumbrón que por medio de una literatura de fácil consumo abruman el medio.

El ensayo

El género más cultivado por Margo Glantz es el ensayo, ya he mencionado sus vastos intereses; sin embargo, considero necesario destacar ciertos méritos, aun cuando reconozco no tener un

conocimiento total de su corpus ensayístico y eso dejará, estoy seguro, fuera otros tantos méritos por el momento.

El primero tiene que ver con su libro *Onda y escritura, jóvenes de 20 a 33*, con el que se acuñaría el concepto “literatura de la onda”, entendido como crítica social y su escritura como creación verbal artística. La joven, desinhibida, altamente propositiva, y entonces menospreciada literatura que encabezaban José Agustín, Gustavo Sainz y Parménides García Saldaña es abordada con la seriedad y la visión que pocos habían ejercido en su momento. Esa nueva literatura, influida por el rock, las drogas, el sexo libre y el hipismo no sólo estaba siendo elaborada por aquella joven generación de escritores, sino que era estudiada con la seriedad debida.

La lengua en la mano y *La Malinche, sus padres y sus hijos* son la más honesta, comprometida e incisiva interpretación de la figura de Malintzin que me ha sido dado conocer; la documentación y la lucidez intelectual contribuyen a un justo acercamiento a uno de los símbolos más fuertes de la identidad mexicana, simplificado hasta el cansancio, polarizado entre detractores y mistificadores.

Glantz comparte con Octavio Paz no sólo la pasión por Malinche, sino también por otra de las grandes mujeres de nuestro país: sor Juana Inés de la Cruz. Las páginas que la autora de *El rastro* le ha dedicado a su estudio y al de la cultura novohispana son una referencia inevitable para cualquiera que pretenda acercarse de manera formal al tema. Estas dos inclinaciones, Malinche y sor Juana, son un ejemplo de su compromiso con el tema de la mujer, tanto con los iconos dominantes como con los asuntos triviales y cotidianos, como lo veremos al comentar las características de su narrativa.

La escritura como placer

Quizás la primera señal, el primer guiño, que nos da la obra de Glantz es la de la escritura como un acto hedonista, como un espacio de libertad, de experimentación, de exploración de las posibilidades de la expresión estética, no es de extrañar que Carlos Monsiváis la definiera como “el placer inagotable del verbo”. La

palabra que vitaliza su obra da la sensación de ser el producto de la alegría y el gusto en cada fraseo, con un discurso comunicativo alimentado por otro de sus placeres: el del acopio de información.

Sin embargo, el placer de la escritura en Glantz no se limita al ejercicio de un cuidado lenguaje literario y a un manejo magistral de la información, también encontramos la presencia recurrente del cuerpo femenino. Literatura y erotismo confluyen aquí de manera natural; la crítica estadounidense Jean Franco declaró al respecto: "Los libros de Margo [...] captan sin nostalgia este deseo de conservar el placer que nos han dado ciertos libros; vinculan gozosamente el erotismo con la lectura, la lengua con la mano." Es por eso que resulta tan demoledor el último capítulo de su libro *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, cuando la protagonista es acechada por la posibilidad de cáncer de mama, por las reflexiones, los miedos que la agobian durante la realización de una mastografía. Este pasaje que funciona como un equilibrio del placer y su pérdida le da a la obra de Glantz una armonía dolorosa, pero necesaria que la vigoriza y humaniza.

La arqueología de lo frívolo

Todo autor construye a cada línea el universo de sus pasiones, recurrencias, tópicos, cuyas variaciones no son otra cosa que el *arts combinatoria* de la creación literaria. Algunos optan por los símbolos trascendentales o por las estructuras del poder político, por el amor, por los laberintos o las connotaciones que nos lega la historia; Margo Glantz, por su parte, decide acercarse a los objetos y situaciones cotidianas, como una forma de transgresión, de no seguir la corriente de los grandes temas, a pesar de ser poseedora de una cultura envidiable; esa decisión le da la posibilidad de enfrentar a sus personajes con los grandes problemas de la humanidad a partir de objetos o situaciones nimios.

Si hacemos un recorrido de su narrativa en ese sentido, nos encontramos con lo que algunos han dado en llamar una arqueología de lo frívolo, sus intereses oscilan entre las postales, el

cabello, las ballenas, los zapatos. Algunos de sus títulos evidencian abiertamente esta posición: *Las mil y una calorías*, *novela dietética*, *Doscientas ballenas azules*, *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, *El día de la boda*, *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos*, *Esguince de cintura*, etcétera.

La estética del fragmento

La narrativa de Margo Glantz es una suma, una yuxtaposición, una acumulación de fragmentos, al parecer en busca de una estética que pretende representar una época caracterizada por la falta de armonía, por la dificultad de visualizarla como un todo, por la falta de unidad de nuestra realidad, incluso hay quien la ha relacionado con el exilio, la herencia de la disgregación cultural que debe enfrentar el emigrante y su descendencia.

La autora, consciente de esta condición, en el prólogo a sus *Obras reunidas* en el Fondo de Cultura Económica (2006), afirma que “un libro, incluso un libro fragmentario, tiene un centro que lo atrae: centro no fijo que se desplaza por la presión del libro y por los circunstancias de su composición [...] que se desplaza si es verdadero, que sigue siendo el mismo y se hace cada vez más central, más escondido, más imperioso.” Lejos de lo que pudiera pensarse, esta aparente dispersión es un *omphalos* en el que yace la multiplicidad de las posibilidades de significación, sus libros son por naturaleza obra abierta.

Sobre el tema de la dispersión o fragmentación del estilo literario de Margo Glantz, la estudiosa argentina María Eugenia Mudrovic hace una brillante y exacta descripción del libro *Las genealogías*, pero que bien podemos aplicar a la totalidad de su literatura de ficción. Cito:

[la obra se construye] “a base de baratijas y restos sin valor que consigue en el mercado de pulgas [...] se vale de ruinas o retazos del pasado, materiales de distinta procedencia, siempre ambiguos e inclasificables. Las fotos [...] aparecen frente a fragmentos de poemas,

citas de libros, cartas, proverbios, chistes, recetas y memorias falsas. Parecería que en este precipitado aluvional todo sirve (o es válido) para inyectar realidad y dar sordidez a los recuerdos. Hiperalimentado, el cuerpo de las memorias crece respondiendo a una economía del exceso y la mezcla, de lo impuro y o abigarrado, que lejos de organizar la racionalidad de la historia, más bien parece encarnizada en dispersarla.”

La unidad de la obra y la confusión de los géneros

Hay un grupo de obras que se caracteriza por su filiación con los cánones más o menos definidos y que son herederos claros de tradiciones específicas; los hay también que se definen por sus prácticas subversivas, por su vocación de ruptura, de búsqueda. A estos últimos pertenece la obra de Margo Glantz, sus textos narrativos no son de fácil clasificación: no se constriñen a los géneros tradicionales: la biografía y la autobiografía se funden en *Las genealogías* (1981); el relato impersonal y de viajes utópicos literarios es la base de *Doscientos ballenas azules* (1979) y *Síndrome de naufragios* (1984); el ensayo crítico combinado con ficción es el recurso principal en *El día de tu boda* (1982) y *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos* (1984); el erotismo y mística sustentan (*Apariciones*, 1996), según la misma Margo Glantz, en el prólogo al tomo dos de las *Obras reunidas*.

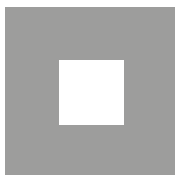
Balzac, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges, entre otros, son ejemplos de autores que han pretendido hacer del conjunto de su obra un texto único, Margo Glantz parece tener la misma aspiración, en sus textos narrativos tienden a aparecer los mismos recursos, que tienen la función unificadora, crean el efecto de unidad y de totalidad en un aparente mundo fragmentario. Los recursos a los que me refiero son los desplazamientos discursivos, los traslados, el conflicto de los saberes, las paradojas que perturbaban la estructura de los géneros literarios. Celina Manzoni asevera que su escritura es un lugar sin límites, que “sus textos trascienden las habituales fronteras que separan al ensayo de la narración, de

la glosa y la traducción, a la memoria del poema, de la crítica de arte, de la crónica social, del chisme menudo, a la confidencia de la iluminación, a veces nostálgica, veces maliciosa, del secreto.”

Acotación final

El trabajo literario de Margo Glantz es una elaboración compleja, sostenida a través de décadas de labor disciplinada, exigente consigo misma, y un ejercicio de una estética creativa que ha ido madurando a través de los años, y lo que es más importante, ha ido creando un público lector que poco a poco aprende a leerla; hay que recordar, las grandes obras no son las que llegan a un gran público sino las que generan sus particulares lectores, las que procuran una nueva forma de leer la literatura como una apuesta riesgosa. Las propuestas temática y técnica, lo que algunos han llamado la arqueología de lo frívolo y la estructura fragmentaria, son recursos que los lectores deben comprender antes de enjuiciar *a priori*, mi experiencia me enseñó que lo que para la lectura canónica podría ser un debilidad de estilo, en el caso de Glantz es una fortaleza que además le da autenticidad.





Esbozo para elegir a Margo Glantz

Atzimba Mondragón Galindo

*Lastima, bandoneón,
mi corazón
tu ronca maldición maleva...
Tu lágrima de ron
me lleva
hasta el hondo bajo fondo
donde el barro se subleva.
¡Ya sé, no me digás! ¡Tenés razón!
La vida es una herida absurda,
y es todo tan fugaz
que es una curda, ¡nada más!
mi confesión.*

La última curda, Aníbal Troilo y Cátulo Castillo

Cuando los géneros dictaban instrucciones, Margo Glantz sólo escribía. Animada por la curiosidad insoslayable que en definitiva le producen la escritura y el acto de escribir, habla de la vida. Escribir es vivir, es la presentación del ser, la personalidad que se deja ver a través de las palabras; la cara, el tono, el traje, los zapatos con que vestimos las reflexiones y nuestra historia. Para Margo, todo está presente siempre, nada puede negar lo cotidiano, por eso la escritura es una: la escritura, escribir. Las fronteras entre los géneros literarios, entonces, complican la expresión, obligan a dividir la vida. Los géneros dictan, Margo escribe.

No es raro que su mayor producción como escritora sea ensayística, pues por más que se quiera definir al ensayo, siempre encuentra una abertura por donde puede fluir libre de cánones

y de evolución. Los ensayos de Glantz, que tan bien presentan a la mujer inteligente, son sus aliados en observar la humanidad, donde, a pesar de la erudición que pueden contener, no dejan de agregar la opinión femenina, el comentario agudo que va directo a la cotidianeidad. La salvación de la escritura por la observación momentánea o detenida de aspectos sutiles, carnales o frívolos.

Sus textos literarios desatan más la curiosidad de los lectores por la soltura con que la autora presenta los contenidos. Sucesos no continuos que arman una anécdota es un recurso explorado por muchos escritores; lo interesante en Glantz es que en esa sucesión muchas veces el rompimiento es brusco y no tiene la intención de abonar al hilo narrativo. Ya sea en una novela en donde la narración, de por sí ya desordenada, incluye momentos de explicación filológica, histórica, retórica o médica, como en una compilación de pequeños textos disímbolos, los gustos y la personalidad de Margo están evidenciados. Hay una voz interior que horada la tradición sin atreverse por completo a la locura; la buena medida de la experimentación.

En la literatura de Margo son importantes las nociones sobre la vida y las circunstancias de ella. Volver sobre los orígenes, las personas que nos rodean y los actos que nos trajeron hasta donde estamos, significa la recuperación del tiempo. Gran parte de su obra es biográfica, y testimonia su interés por mantener vivas las cosas a través de la memoria. El recuerdo enfrenta la muerte, la retarda, o en el mejor de los casos, la evita, pues el cuerpo que muere no es el ser que compartió la vida, como en *El rastro*, en donde el Juan de Nora García está vivo porque se quedó en los recuerdos de ella, y es distinto al Juan, cuerpo enfermo y muerto que le pertenece a otra mujer y que será enterrado después de los ritos necesarios.

Las genealogías es un libro con pasajes diversos que hablan de la escritora, sobre todo de ella aún cuando las personas-personajes seguidas por la escritura son otras, son su familia, con su cultura, sus afanes, su religión, sus orígenes y su evolución. Margo Glantz narra sobre ellos para entenderse y posicionar lo que es. Necesita volver a su infancia y escribir sobre ella, o quizá inventarla, como dijo Inés Arredondo, recordamos nuestra infancia como queremos

que sea. Es válido. Quizá lo autobiográfico en Glantz no lo es tanto, quizá sí, pero es una postura, real y literaria; complementada. Sus padres, sus hermanas, los amigos de sus padres, su tío, los vecinos, todos son definidos, rescatados de la muerte por la mención, por la inmortalidad de la escritura. Otra vez la importancia de la escritura.

Autobiografía, escribir sobre los datos de su propia vida, es tal vez un aspecto que mucho se ha buscado explicar en la obra de esta autora. ¿Margo Glantz es Nora García, su álgter ego más preciso? Nora García es la protagonista de varias de sus obras (*Zona de derrumbe*, que luego fue parte de *El rastro*, *Animal de dos semblantes*, *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador* y otras, incluso la que pronto terminará), y con la diversidad de situaciones en las que es puesta, dibuja el ser compuesto que es una mujer madura: las preocupaciones por la salud, el reconocimiento del amor por un hombre con quien se compartió gran parte de la vida, las frivolidades que parecen ser las compras de ropa o calzado, las reflexiones sobre la condición de mujer, etcétera. Todas, situaciones en las que Margo reconoce haber estado involucrada, tan sólo por lo comunes y cotidianas que resultan, independientemente de si son narradas por una voz que lleva el nombre de Nora García.

En *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, la frivolidad es reconocida y aceptada, condición que también fragmenta el texto al presentar el afán cognitivo sobre algo, así sean unos zapatos, yuxtapuesto a la vanidad, y el ego, quizá hedonismo, sobre la imagen que la autora provoca con su trayectoria académica e intelectual. La escritora que basa gran parte de su poder creativo en la elección precisa de los zapatos para el trabajo de escribir. Importante es la escritura, tiene ritos, y calza un modelo de Ferragamo. La propuesta de este libro es una nueva forma de contar la biografía, por la manera disgregada y referencial. Hay indagación histórica, trabajo intelectual, pero sobre todo un gusto por contar sobre las pequeñas obsesiones que nos son determinantes.

Hay en *El rastro* una Nora García que no olvida su conocimiento sobre diseñadores, pero abocada a los recuerdos de la vida que

tuvo con Juan, su ex esposo, quien en la narración acaba de morir, es velado, llevado a misa y enterrado. Acciones base, consecutivas y fragmentadas por la inclusión de hechos pasados cargados de fuerza emotiva. *El rastro* es quizá el texto de Glantz más cercano a la novela. Habla del rastro que las personas dejan en nosotros, a través de sentimientos mezclados que favorecen a ratos al amor y a ratos al odio, así como las preguntas, las dudas que invaden la seguridad, y la final seguridad que puede derrumbar la vida. Subraya el nexo automático que tienen el pasado y el presente cuando un acto, cotidiano o no, nos lo recuerda. La muerte de alguien suele ser momento para reparar en la vida.

El personaje Juan muere por afectaciones en el corazón, simbólica y fisiológicamente, por lo que el corazón se vuelve la línea de reflexión de toda la novela. El corazón en el cuerpo vivo es un problema porque conlleva sentir, y entonces se sufre, así como la condición de un cuerpo con el corazón muerto: ¿qué es del cuerpo cuando el corazón muere? En *El rastro*, el corazón es expuesto en varios sentidos, se refiere al corazón tomando distancia, fríamente, órgano que provoca la disertación sobre las posibilidades de una operación a pecho abierto; el corazón como hogar de los sentimientos, donde se cuidan y de donde parten; y también el corazón como sujeto independiente, culpable de causar el dolor de amar y, por consecuencia, de sufrir. Corazón, ser descarnado de los corridos, las canciones rancheras, los boleros y los tangos, ser a quien se le atribuye la debilidad si se cae en la trampa del ingrato, o la bajeza de herir a quien lo ama. Lo dice Margo por medio de Nora García recordando a Pascal, el corazón tiene sus propias razones, en las que la razón nada tiene que ver.

Nora García logra mantener vivo, por medio del recuerdo, el corazón deshecho y muerto. La narradora tiene todo lo vivo del personaje, tiene al pianista; la otra, cualquier otra, sólo tiene lo decadente, la queja. En este libro, muchas son las aristas por donde se asoma la lingüista para susurrar la potencia de un prefijo, la historia de un ser-palabra casi sustantivo propio que altera la linealidad de una expresión al llevarnos a dos planos al mismo tiempo. Ruptura

de la ficción con lo formal, demasiada quizá, que se vuelve definición, etimología, derivación filológica presentada entre sucesos mórbidos, ¿posible inconsciente mentalizado y objetivo?, función al revés del fluir de la conciencia en donde el inconsciente suele ser lírico, ¿traición al inconsciente?, ¿consciente fiel que no abandona a Margo en su escritura? De nuevo la mirada sobre la escritura.

El rastro es sensitivo y artístico a pesar de que por momentos se vuelva un texto con indicaciones de apreciación donde la música, la plástica y la palabra dominan la anécdota. Alusiones artísticas que no son gratuitas: el hombre caído presentado en *La piedad*, el Cristo-Juan ubicado en el personaje muerto razón del velorio, símil mental con el óleo de Cosimo Tura. Invita también a seguir el hilo de un tango con un estribillo repetido después de sucesos y pensamientos que luego hacen pausa para dejar paso al suspiro en la narración, que resulta ser la línea "la vida es una herida absurda", y encadenar de nuevo los sucesos, para después repetir el estribillo, y así hasta el fin de la trama, el fin del tango. Corazón, *leitmotiv* en la novela, razón en el tango *La última curda*, de Troilo y Castillo.

La consecución, la consecuencia, hilos finos sostenidos en *El rastro*, aparecen en las situaciones cercanas al hogar, a lo simple por repetido y, por lo mismo, complejo. Un velorio, hecho profundamente fuerte, sigue su consecuencia tradicional: velorio-misa-entierro. Rito completo como la vida misma, como ser hija y padre, perspectiva que Margo tiene en *Las genealogías*, y se manifiesta en la necesidad de contar la vida, su propia vida, o la vida que nos inventamos porque podemos hacerlo. La niña, la joven, la adulta es consecuencia; mujer evolución igual a vida. Margo Glantz evolucionando en su vida y en su obra.

Las repeticiones, los ecos mentales del personaje narrador, las perfectas características que describen y se suman a lo dicho, a lo no dicho; todo es parte del ritmo que llevan los hechos en *El rastro*: el velorio, la misa, el entierro. Descansa la narración con pausas-gestos hechas por Margo, intromisiones cotidianas de la mente, pequeñas sonrisas vocales que vuelven terrenal hasta lo más divino, o más común lo doloroso, condiciones que recuerdan lo integral humano

en cada suceso por más nuboso que el corazón se encuentre; hasta la muerte y la violencia sufren el letargo de la vida común.

En la obra de Margo Glantz todo se mueve por la mirada de los personajes femeninos como vimos con Nora García en varios de sus textos. En *Apariciones* las miradas se multiplican personalizadas en la narración sobre una escritora que escribe sobre los vuelcos eróticos mentales y carnales de dos monjas de otra época, y nos remite casi sentirlo al *Decamerón*, a la vez que cuenta los propios encuentros de la mujer escritora con su pareja, así como las reacciones sensuales que son despertadas en una niña, quizá hija de la mujer, que ve a su madre en algunos encuentros con el amante. La narradora, aparentemente ajena a todo, mira siempre. La escritora dirige (¿provoca?) la vida de las monjas cuyos nombres y acciones se confunden entre los deseos de una y de otra.

Apariciones es un texto provocador, cuestiona lo tradicional con una propuesta que puede caminar a la par con la tradición sin agredirla. Es una invitación a lo atípico para quien se deje inquietar por lo fragmentado en una aventura de sexualidad y de escritura. Abre narraciones breves que dictan momentos y espacios, ambos personales, íntimos, fugaces o duraderos, donde escribir es amar, tocar, gozar el cuerpo del amado. Temeroso, rudo, ligero, prosaico; voces, caricias, miradas, líneas, partes corporales, todo es sexo, y lo sagrado así como la transgresión son condimentos para el sabor.

Los distintos momentos son indicados por guías tipográficas distribuidas en el texto. Cortes que obligan a construir y reconstruir lo leído, como en otros tantos textos literarios. Sin embargo, en *Apariciones* no tienen la intención de ser fichas exactas de rompecabezas, ya que sus orillas pueden tener ligeras variaciones que evitan el ensamble rápido como perfecto, o muestran algún lado completamente recto, imposible de coordinar pues si no rebasa el límite deja un hueco que no será cubierto.

Llama particularmente la atención el personaje de la niña con su mirada fija ante la imagen de la mujer en éxtasis por las acciones del amante, voyeurismo que logra su cometido y recuerdan el sitio oscuro de la niña en "Apunte gótico" de Arredondo. La sola

presencia de la niña en el universo de los amantes es provocador. Parte oscura en donde se desdibujan, o se invaden, la inocencia y el gozo por lo "malo". El arte también dialoga en esta obra, y la pintura es su principal vocero. El palimpsesto de una pintura, una obra sobre otra, sensual manera de encimar los cuerpos femenino y masculino, sugerencia de una vida sexual velada con otra, empalmadas. El origen puede ser ése, las visiones varias. Las mismas sugerencias provocadas: las monjas y la pareja, como sucede también con lo referente a una monja sobre lo que acontece a la otra, y la superposición del amante con la amante. Individualidades que buscan pareja, hacen pareja, y vuelven a lo íntimo en solitario. El arte es, entonces, un disparador de la libido; asociaciones eróticas en la mente femenina de los personajes. La narradora mira a la escritora desde arriba, cercana, espectadora y creadora, quien a su vez mira a las monjas desde arriba, también cercana, espectadora y creadora. Puesta en abismo, apoyo de la gráfica a la escritura. La escritura como punto de encuentro de las artes.

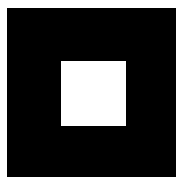
La escritora crea la vida de las monjas y las monjas crean la vida de la escritora a través de las visiones que son búsqueda de lo sexual, de la religiosidad, de la escritura, de la satisfacción de todo que no termina por llegar. Las visiones de las monjas son reflejos de las mismas visiones que la escritora desea que reaparezcan en sí como abrazos sensuales a su cuerpo y espíritu, reminiscencias de gozos concluidos por ella misma. Transmutación de personajes movidos interiormente por el deseo que permea lo sagrado y lo erótico, acogidos por escenarios fincados en el arte y la palabra misma.

Los libros de Margo Glantz son invitaciones a lo diferente, son breves, elocuentes y libres. Leer cualesquiera de ellos con la imagen de Margo en la mente aumenta la fuerza fragmentadora, pues sin duda hay frases que proponen sutil ironía y vanalidad en el lenguaje de una mujer con inteligencia y sensibilidad sobradas.





Muestra de obra
Margo Glantz



Tres personas distintas ¿alguna verdadera?

Margo Glantz

A mi dearest Benny

En el consultorio, a la entrada del pasillo, cerca de los elevadores, se repite interminable la misma ceremonia: extraen de mi boca el puente provisional con un aparato, el dentista hace presión, suave y tenazmente, golpea con un martillo, hace fuerza contra mi boca, sudo, me angustio, el doctor convertido en luchador de jiu jitsu; cede el puente, después de un largo forcejeo, sacan el puente con un fórceps, limpian la encía y la saliva de las comisuras de la boca con un klínex, introducen el chorro de agua, el aspersor y la fresa, van cambiando los taladros uno a uno (son cada vez más delgados, más finos), siguen rebajando mis colmillos, siempre hay algo nuevo que rebajar; cuando ya han acabado conmigo, introducen a fuerza un molde de metal plateado –la cucharilla– relleno de una masa nauseabunda (alginato) (antes se utilizaba un ingrediente de la misma familia, menos preciso, llamado *feministatic* [¡curioso nombre!]), me lo acomodan entre las encías, produce de inmediato náusea, tengo la boca bien abierta, lo más abierta que puedo abrirla, no respire, repiten, o respire sólo por la nariz, tengo catarro, el tabique desviado y el paladar cóncavo (aunque me parece que todos lo tienen así) (¿o sólo me pasará a mí, Nora García?).

Me ahogo: cuando la masa viscosa se solidifica (ha pasado una eternidad llena de náuseas, aunque me incline hacia delante, aunque respire) (mi antiguo dentista, el doctor Flores Nava, utilizaba un reloj de arena para medir el tiempo) (el molde encajado en la boca: los segundos insoportablemente largos, inacabables): cuando solidifica el alginato, extraen de un tirón muy fuerte de mi boca el molde incrustado en mi mandíbula inferior derecha, ¿me he

quedado sin ella?; un sabor desagradable como residuo, migajitas de plástico, las arrojó después; prueban una y otra vez unos mol-des de cera o de silicón de colores diferentes –rojo, anaranjado, verde claro–, me ordenan abrir la boca, introducen otro aspersor –eyector es su nombre técnico, una pieza incorporada al aspersor–, elimina la saliva y los anticuados vasos de agua para enjuagarse la boca y diluir la sangre (en su moderno consultorio, el endodon-cista los usa todavía) (me gusta sobremanera sentir el agua que refresca, también el sabor de la sangre diluida por el líquido). Al finalizar la operación, el médico y sus ayudantes comparan el color de los dientes (de matices innumerables) con unas muestras de sofisticada materia plástica, servirán para confeccionar las piezas postizas y el puente removible; eligen el tono más adecuado: el dentista y su ayudante se miran satisfechos: permanezco con la boca abierta. Cuando puedo cerrarla, me toco con la punta de la lengua los muñones, percibo el espacio vacío entre los dientes: cuando se le caen los dientes, mi nieta los deja debajo de la almo-hada, vendrá el ratón con sus regalos; sin embargo, lo que más le gusta es sentir cómo se van desgajando las débiles raicillas de sus dientes de leche, saborear además el sabor dulzón de la sangre a medida que se desprenden de las encías y, ¡por fin, el más grande placer!, introducir la lengua entre los huecos (a esa edad las piezas se desprenden fácilmente, los niños juegan a quitarse un incisivo, un colmillo o los premolares: en un muy breve espacio de tiempo quedan chimuelos); afortunadamente, les nacerán dientes nuevos, a menudo enormes, tanto que sus pequeños rostros quedarán desfigurados: vendrán después, inevitables, persistentes, las visi-tas al ortodoncista.

[Contesta Michel Peppiatt, entrevistado por Sachiko Natsume-Du-bé, cuando le pregunta si cree que las crucifixiones de Bacon son una especie de autorretrato: Sí, a menudo me lo he preguntado.

¿No se sentiría Bacon crucificado por todo tipo de dolores o de contradicciones, parte ineludible de su personalidad, y, también, claro, por la culpa que sentía con su familia?].

India: Atentados. Una serie de explosiones coordinadas en el noreste de la India causaron el jueves al menos cincuenta y seis muertos y más de trescientos heridos, informaron las autoridades.

Una bomba estalló cerca de la oficina del principal funcionario del estado de Assam, dejando cadáveres y vehículos destrozados dispersos en una calle. Se ignora inicialmente qué grupo fue responsable por las explosiones que se registraron con escasos minutos una de la otra, pero en la región hay decenas de insurgentes separatistas armados que han combatido al gobierno central y también peleado entre ellos mismos. Varias personas murieron en las explosiones, entre ellas veinticinco fallecidas en cinco acaecidas en Guwahati, la capital del estado de Assam, dijo Subhash Das, un alto funcionario del Ministerio del Interior del estado. Docenas también fallecieron en explosiones en el distrito Kokrajhar y en la población de Barpeta.

Otras trescientas fueron heridas en trece explosiones, la mayoría causadas por bombas, y al menos una por una granada de mano, dijo Das. La mayor de ellas ocurrió a unos pocos centenares de metros del secretariado del estado, el edificio que alberga las oficinas del ministro o jefe estatal. Tomas de televisión mostraron cómo los bomberos rociaban con agua los restos de los vehículos calcinados.

Les habla Nora García, locutora en las frecuencias 93.5 FM y 103 AM de la radio. Programa transmitido de lunes a viernes de las seis a las diez de la mañana.

Acabo de regresar de un viaje. Estoy extendida totalmente de espaldas sobre el sillón último modelo del dentista; me dejo caer en él, me relajo, me entrego totalmente, estoy indefensa, la cabeza perfectamente horizontal con el cuerpo. Si levanto un poco la cara veo de reojo la punta de mis pies, allá abajo: zapatos verde claro, de raso, de pequeñísimo tacón, talón un poco curvo, ondeado; la punta cuadrada con incrustaciones de metal, forman una estrella deslumbrante de estoperoles plateados, dibujo hindú; los estreno para venir a la consulta y los uso luego cuando se produce un acontecimiento especial que puede alterar mi vida.

El zapato es el único fetiche que resta, uno de los más poderosos, díganlo si no Manolo Blahnik y Jimmy Choo: hacen realidad la idea de Barthes: sólo es erótico el intersticio: siempre se ve con agrado un pie femenino, descotado, con tiritas transversales y verticales, tacón estilete, plataforma y pulseras en los tobillos (¿costará trabajo caminar con esas sandalias?).

[Soy como un molino, aseguraba Bacon. Cuando muelen, los molinos ejercen una fuerza, les sirve para pulverizar, pulverizan como las muelas en la boca trituran los alimentos. Atraviesa la barrera de los dientes: el grito. Dentro de mí, las imágenes engendran las imágenes, repite Bacon: pinto el grito, jamás el horror; se formula entonces un dilema: pinto el horror o pinto el grito {la figura de lo horrible}; o pinto el grito y no pinto el horror; en consecuencia, repite Bacon, pintaré cada vez menos el horror {visible}: el grito es la captura o la detección de una fuerza invisible.

El papa Inocencio X grita: ¿por qué grita?, ¿a quién le grita? Al gritar enseña los dientes].

En *Cita secreta*, el escritor japonés Kobo Abe dice en el epígrafe de su novela: "El amor por los débiles enmascara siempre una voluntad de asesinato". Lo transcribo libremente. No sé por qué he hecho esta asociación, ahora que, como ya es habitual, estoy sentada en la sala de espera del dentista.

El 26 de agosto sesenta caballos murieron ahogados en el club hípico La Barranca. Sus caballerizas se inundaron en una rinconada sin escapatoria. Emilio Campos, caballerango de sesenta y un años, trató de salvarlos y unió su suerte a la de los animales que cuidó hasta el último momento.

93.5 FM, 103 AM

[Una serie de seis cabezas pintadas por Bacon. La designada por el número I romano recuerda de manera singular el esbozo de un hombre representado hace mucho tiempo por Mathias Grünewald,

el pintor alsaciano del siglo XVI; el hombre representado en el cuadro de Bacon aprieta los dientes, rechinan, crujen].

Juan Carlos Izpisúa Belmonte (Instituto Salk de California, EU) y Bernat Soria pugnan por el control médico de las células madre. Dos nuevos centros en Barcelona y Sevilla aspiran a gestionar la medicina regenerativa, pronto quizá, la regeneración de miembros amputados.

Bernat Soria, director del Instituto de Bioingeniería de la Universidad Miguel Hernández en Alicante, ha sido una figura central en la polémica sobre las células madre que se ha desarrollado en la última legislatura. En julio de 2001 fue el primer científico español que proclamó su intención de investigar con el material obtenido de embriones humanos para buscar un tratamiento contra la diabetes. El gobierno del Partido Popular le advirtió que ese trabajo constituía una infracción grave y el científico tuvo que trasladar su proyecto a Singapur.

El PSOE considera después de las elecciones del 2004, que el proyecto era prioritario. Soria es ya ministro de Salud. ¿Lo sigue siendo?

Yo trabajo en un laboratorio con el doctor Arnaud, me llamo Nora García y transcribo lo que escribe y le ayudo a veces en el laboratorio.

En Anaïs Nin el yo revela un narcisismo exagerado, pienso, sentada –o recostada– como siempre y de manera perenne en el sillón reclinable del dentista, sí, me digo, en ella hay un deseo permanente de teatralidad, de exhibición; en cambio, el autorretrato en Frida Kahlo revela una íntima necesidad de reconocerse desde afuera. Me detengo: un diario es siempre una indagación: Anaïs Nin materializa sus deseos y eterniza sus memorias, y en ellas es el centro. Frida es reiterativa y su acción pictórica es literal: su caballete y sus pinceles están situados enfrente del espejo y es así como ella pinta. La luminosidad del ambiente se revierte en el cristal de la

mirada y la mirada se fija, curiosa, extenuada, en ese espejo que le devuelve un rostro. Rostro particular, rostro enmarcado por una masa capilar, se extiende y ramifica para decorar las zonas que hubiesen debido permanecer desnudas. El bigote, inusitado en una mujer –o por lo menos depilado en las que lo tienen–, brota perfecto, más perfecto aún por la complacencia con que Frida lo coloca, pelo a pelo, sobre el labio superior en convivencia estética y armónica con el cabello: crece sobre los ojos y se desliza hasta formar una línea continua sobre la nariz. Así, trenzas, bozo y cejas forman un todo continuo, un todo continuo que animaliza y embellece, y la prueba de ello es la cercanía de Frida, embelesada, con esos changuitos que como su rostro pululan en torno a ella, repitiéndola, espejándola. La proliferación de vegetación tropical en el fondo de sus cuadros, aun en aquellos que pudieran ser más sobrios, como el de la abuela Morillo, es la consecuencia directa de esta exageración.

En sus obras hay una gestación y una fertilidad constantes, proliferan los frutos, el cabello, el color y los autorretratos. Sus modelos –ella misma– nunca enseñan los dientes.

He notado con pesar que, en cambio, los dientes ni germinan ni proliferan y cuando un dentista nos los extrae a lo sumo podemos contar con que el implantólogo encaje en el hueso y en la encía un pivote que a la larga le permitirá insertar en ese lugar un diente postizo, el cual, así dispuesto, parecerá pertenecernos por completo.

Llegará el día en que podrán transplantarse los dientes y toda la gente tendrá una sonrisa perfecta, aunque espero que las formas de cada dentadura varíen según el tipo de cada uno, y como sucede con las huellas digitales, deberían tener formas, colores y tamaños diferentes.

¡A un amigo mío al que le falta el brazo derecho lo detuvieron en la aduana de Houston debido a que sus funcionarios fueron incapaces de estampar las huellas de esa mano que no tiene!

La reina de belleza mexicana e internacional Laura Zúñiga fue detenida hoy por la policía junto a un grupo de presuntos narcotrafican-

tes, quienes portaban fusiles de asalto y gran cantidad de dinero en efectivo. Laura Zúñiga, de veintitrés años y coronada como Señorita Sinaloa, provenía del Estado de México cuando fue arrestada junto a siete hombres en un puesto de control militar en la ciudad de Guadajajara (estado de Jalisco), informó la policía.

Ella es la reina de la belleza de Sinaloa y estaba a bordo de un SUV (coche deportivo) con las armas y varios de los hombres, señaló un portavoz de la policía del estado occidental de Jalisco.

Trasmite Nora García, 93.5 FM, 103 AM .

Sobre la mesa de la sala de espera una revista abierta, fotografías diversas ilustran deformaciones dentales y sus soluciones. El título: Dientes perfectos para una sonrisa radiante, abierta y seductora. ¿Habrà mejor carta de presentación? Me entretengo leyendo durante el eterno tiempo de espera en la antesala del dentista. Revista de modas, leo en el Vogue: del mismo modo en que cierta ropa interior sirve para animar y complicar la exterior, los zapatos no siempre están pensados para caminar sino para servir de contrapeso a la silueta. Subrayan el movimiento de las caderas y crean una sensación de fragilidad a veces o de dominio otras. Los zapatos de esta temporada son altos, alzan la voz y nos devuelven la confianza en nosotras mismas, aunque propicien las caídas y por tanto las fracturas. Hay muchas sandalias con plataforma, tacón de cuña o tacones muy garigoleados, como de trece centímetros de altura.

Tomo una revista médica, más bien odontológica, vuelvo a leer, lo transcribo: Recientemente ha producido una verdadera revolución en el cuidado de los dientes, más allá de las revisiones periódicas que garantizan su salud, la nueva estética dental es responsable de que la dentadura luzca blanca y perfectamente alineada (me parece chocante la noticia, dentro de poco todas las sonrisas serán exactamente iguales, no habrá ningún rasgo que diferencie las diferentes dentaduras o sonrisas ni en su color ni en su textura ni en su aspecto: esos incisivos coqueta y ligeramente separados el uno del otro contribuían a que la sonrisa fuese más

sensual; la gracia infinita de un diente más pequeño que los demás o uno protuberante, encimado, torcido, mal alineado o de un color distinto del resto y sin embargo gracioso) (dientes superiores ligeramente separados ¿no es el máximo atractivo de Kate Moss?): me atraen los dientes amarillentos de un director de cine proveniente de Sudán —acaba de ganar un premio de la crítica en el Festival de Cannes—, su dentadura brota de manera diagonal, siguiendo una inclinación cada vez más pronunciada, la boca repite la trayectoria; en la televisión mi mirada se detiene en la dentadura de un director de cine francés de los años setenta, voz engolada y boca casi inexistente; sonrío y enseña los dientes salpicados de manchas oscuras producidas por el tabaco (como los de Humphrey Bogart), una pequeña hendidura entre los colmillos superiores lo hace salivar; a pesar de todo fue muy popular entre las actrices francesas de moda; entonces, se privilegiaba a las mujeres rubias con el pelo abombado y un flequillo cubriéndoles casi por entero los ojos y la frente, como si el pelo supliese en su rostro un velo ritual.

Por los anuncios publicados en la revista, deduzco que no existe ningún problema estético irresoluble: las sofisticadas y rápidas técnicas actuales utilizan procedimientos menos traumáticos con resultados netamente espectaculares.

Para mejorar los dientes torcidos o desviados se moviliza la dentadura y se colocan aparatos fijos llamados brackets (de ¿porcelana? [creía que todos eran de metal], sobre todo); el paciente debe usarlos dos años por lo menos, según sea el caso: el precio es módico, unos dos o tres mil dólares. Para correcciones menores se usa un sistema de guardas transparentes para cada diente, se requieren por lo menos unas cuarenta guardas, reemplazadas a medida que la dentadura se empareje.

Algunas veces, cuando las encías de los jóvenes sangran demasiado, puede deducirse que están ingiriendo drogas del tipo de las que se conocen como éxtasis o, en idioma coloquial, las tachas.

Salí muy cansada del consultorio del doctor Arnaud; muy cansada, verdaderamente, y como soy su secretaria, me

ha obligado a permanecer más tiempo de lo que me corresponde. He protestado, pero sin éxito. Nora, me dijo:

—no han acudido esta tarde los médicos de guardia, y yo, obediente y vestida adecuadamente con una bata blanca, le he alcanzado los tubos y las probetas. Creo entender que trabaja en un banco de tumores y en la validación de dianas para poder probar nuevos fármacos. Es necesario, dice, trabajar en equipo, pero yo soy solamente una secretaria: el noventa por ciento de los genes mutados en cánceres están relacionados con una veintena de dianas terapéuticas, por ejemplo, las de las glándulas mamarias (¿qué querrá decir con eso de las dianas? Intento preguntarle, pero, abstraído en su trabajo, nunca me responde. De regreso a casa, me da temor hacerle la pregunta a mi marido, está enojado, y cuando está de malas se pone muy violento).

Instalada eternamente en el sillón reclinable último modelo del dentista, leo y lanzo de cuando en cuando miradas de complicidad a mis zapatos: reitero: me dan seguridad: los zapatos no sólo sirven para caminar, son el contrapeso de la silueta, subrayan el movimiento de las caderas, crean una sensación de fragilidad o de dominio, aunque una camine o permanezca sentada o acostada en el sillón hidráulico del dentista de turno, sobre todo, porque el calzado se puede lucir y una no tiene riesgo de caerse por que los tacones sean excesivamente altos. Las enfermeras lo van reclinando —el sillón— poco a poco, un poco más, se inclina, un poco más, un poco más, un poco más y a lo mejor nos entendemos luego, un poco más, hasta que el sillón me deje en posición horizontal, a la merced del médico y las enfermeras, ya estoy postrada por fin, con mi delantal de bebé sujeto al pecho por unas pinzas parecidas a las de la ropa colgada en mi jardín (convertido en un vulgar quinto patio: toallas, calcetines, ropa interior, manteles, sábanas floreadas, huellas de orines y mucha caca de mi perra, la Lolita). El libro —siempre un libro diferente— descansa en

mi regazo (he terminado varios), se trata de Experience de Martin Amis, habla adecuadamente de los terribles momentos que ha vivido debido a las enfermedades de sus dientes (genes polarizados: su madre buenas encías = malos dientes, su padre, malas encías = buenos dientes), me acompaña en mis tribulaciones: lo imagino sentado y desesperado, como yo, en el consultorio de su dentista, mucho más caro (supongo) que el mío, con la boca ensangrentada, en Nueva York o en Londres; la semana pasada, en cambio, leía yo a Thomas Mann; admiro sin reservas su maravillosa prosa, relata con minucia asuntos desagradables: una obsesiva descripción de la decadencia: acecha a varios de los miembros de la familia, su emblema son los dientes amarillentos y corroídos de Thomas Buddenbrook; me atraen los cuentos de Edgar Allan Poe, en especial aquel en que habla de Berenice, enterrada viva y despojada brutalmente de sus dientes por el protagonista del cuento; con espanto y pena repaso una y otra vez los terribles dolores de muelas y operaciones dentales que antes de morir sufrió Roberto Bolaño; hoy, además, un folleto de la última exposición de Bacon en el Museo Aristide Maillol (mayo 2004), una reproducción a color muestra al papa Inocencio X, aprisionado en su trono, lleva ropas talaras y una corona; bien abierta, su boca lanza un grito [inmenso]. Los dientes, muñones excavados por la luz.

Bernat Soria es noticia otra vez, se trata del mismo científico español antes mencionado: junto a su colega estadounidense José Cibell logró las primeras clonaciones de embriones humanos. Ayer defendió en la ONU el uso médico de las células madre embrionarias. Junto con otros cincuenta premios Nobel encabeza un manifiesto para impulsar la libertad de investigación científica. Eso se lo oí decir al doctor Arnaud, lo repito.

Mi marido ha visitado ayer al dentista, le ha extraído el incisivo superior derecho, le pondrán un implante: la noticia que recién he

transmitido (93.5 FM y 103 AM de la radio) nos da esperanzas, indica una posibilidad, la de que los dientes se regeneren y quizá podrán regenerarse también los brazos y los pies de quienes han nacido mutilados (por la talidomida) o de quienes hayan perdido algún miembro debido a un percance: mi primo Roberto perdió el pie izquierdo en un accidente de alpinismo, supongo que esta noticia lo entusiasmará, cuando se la cuente o si la oye por casualidad mientras la transmito] [¿cuántos años tendremos que esperar para que la clonación de células madre permita regenerar las partes mutiladas del cuerpo humano, incluyendo los dientes?].

Desde muy niña empecé a leer. Recuerdo que en segundo año de primaria me dieron un premio: era de las más adelantadas en la clase de lectura: el premio consistió en una muñequita de celuloide. En esa época no había plásticos, o no estaban tan difundidos, circulaban la baquelita y también el celuloide. Mi muñequita tenía en la panza unos agujeritos cubiertos con una cinta adhesiva, de donde surgían los sonidos: ¡la muñequita hablaba! Fascinada, la cargué todo el día, comí con ella, jugué con ella, leí con ella y en la noche me metí a la tina también con ella. El agua entró por los agujeritos de la panza: las muñecas de antes no tenían cintura, un contraste flagrante con las Barbies, muñecas con las que crecieron mis hijas Federica y Corina, junto con la Anita y la Rosita y el Manolito Pérez, importadas de España, y su panza (la de la muñeca del premio) era voluminosa, como la de los bebés que tienen mucha tripa y poca cintura. Era como si el cerebro estuviera colocado en la barriga. Por eso cuando el agua penetró por esos minúsculos intersticios, a pesar de que la tela adhesiva servía para protegerlos, el mecanismo se dañó y la muñeca dejó de hablar. Un verdadero castigo divino que no me impidió seguir leyendo, pero sí ganar nuevos premios, fue como una maldición gitana (cuando hablaba, la muñeca no dejaba ver sus dientes, la boca bien cerrada, pintada de rojo tenue, el sonido provenía del estómago perforado).

Por eso, en mis lecturas cotidianas, lecturas que se prolongaban largas horas, aprovechando los múltiples libros que andaban disper-

sos por la biblioteca de mi padre, solía decirme: cuando sea grande escribiré, cosa que cumplí exactamente cuando fui grande, es decir, empecé a escribir cuando muchos escritores de mi generación ya habían alcanzado la madurez artística y lo único que hacían (algunos) era repetirse y repetirse y otros escribían libros cada vez más maravillosos, mientras yo era una joven promesa con arrugas.

Con varias arrugas, insisto, en las comisuras de los labios producidas por mi permanente y continuado estar con la boca abierta, mientras permanezco acostada en el consultorio del dentista en el sillón reclinable último modelo que me alberga —o me tortura—, recuerdo con nostalgia a mi muñeca de celuloide de un perfecto color mamey.

[Un cuadro pintado en 1973 de Bacon me llama la atención, se intitula *Estudio sobre el cuerpo humano u Hombre encendiendo una luz*. Como suele suceder con este pintor, se ha inspirado en una fotografía de Muybridge, el fotógrafo inglés de principios del siglo XX; representa a un boxeador, visible entre las muchas otras fotografías que se pueden observar en la fotografía de su estudio reproducido en la exposición instalada en la primavera de 2009, en el Museo del Prado en Madrid. Representa a un hombre de espaldas prendiendo un foco; la bombilla colocada dentro de un rectángulo irregular color verde botella; su cordón, una línea blanca perfectamente trazada, divide en dos mitades la superficie color café oscuro de otro rectángulo situado exactamente detrás cubriendo la mitad izquierda del fondo del cuadro. Sobre el lienzo verde de enfrente —elemento puramente pictórico como los demás elementos geométricos del cuadro, ¿será verdad?— el hombre desnudo trepa y su pierna izquierda desaparece detrás de un vacío, quizá una puerta. El piso de color gris rata recibe de repente el impacto de una extraña sombra café oscuro: hace juego con el rectángulo posterior, y, a mi modo de ver, delinea una boca, como si una mancha repugnante enturbiara la limpidez del linóleo. Extrañamente, los dientes no se ven. Dos rectángulos perfectamente trazados complementan el fondo derecho del lienzo, son

de color gris claro y están divididos por una línea negra en vertical, al lado de la cual, otra vez a la derecha y como en espejo, aparece otra bombilla encendida, situada un poco más arriba de la que sostiene en su mano izquierda el personaje allí representado].

Para escribir uso siempre mis zapatos de tacón estilizado, color verde fatiga: ¿sirven de amuleto, o son simplemente un fetiche?: ¿será urgente decidirlo ahora?

(93.5 FM de la radio):

La modelo británica Kate Moss está planeando una ceremonia gótica, en que su vestido de novia sería completamente negro.

Ella habló con un diseñador amigo suyo, al que le pidió le confeccionara “modelos de vestido de novia en negro y en morado”, contó una amiga de Moss a la revista Star.

La modelo está comprometida con el músico de The Kills, Jamie Hince, con el que pretende casarse en septiembre.

La revista afirma que la pareja ya tiene reservado un lugar para la ceremonia en Londres, a la cual acudirán sólo sus amigos más íntimos. Camila Sodi vende exclusiva de su embarazo. JLO negoció las primeras imágenes de sus gemelos.

Pero, recapitulo, ahora que ya escribo y que la gente conoce más o menos a Nora García, recuerdo con nostalgia esas lecturas de infancia y adolescencia, lecturas enteramente gratuitas que me hacían vivir mil vidas sin moverme de mi sillón preferido (lo recuerdo en este momento cuando estoy sentada en el del dentista –definitivamente, un sillón que aborrezco–, con un libro siempre en mi regazo, aunque pueda caerse al suelo, quizá después de que las enfermeras reclinen el asiento para que yo permanezca totalmente extendida en posición horizontal y el doctor pueda practicar de manera cómoda las operaciones que deba ejecutar en mi dentadura): a los trece años, sentada en una silla del comedor leía a Julio Verne o a Alejandro Dumas, junto a una radio encendida (art decó) en la estación donde se tocaban tangos,

comía chocolates de cereza rellenos de aguardiente (propician las caries), envueltos en oritos que alisaba con las uñas; solía también sentarme a leer en una banca de la zapatería de mis padres, junto a una ventana que daba a la vitrina donde se exhibían zapatos con modelos del centro y precios de barrio bajo, y desde donde podía apreciarse lo que pasaba en la calle cuando interrumpía por un momento mi lectura, durante esas largas horas de una a tres de la tarde en que el negocio se cerraba como aún suele suceder en muchas ciudades españolas y mexicanas de provincia (me gusta repetir esa anécdota a menudo).

Advierto en una de las revistas que encuentro en la sala de espera del consultorio del doctor las siguientes noticias, me entretienen, las transcribo:

Camila Sodi vende exclusiva de su embarazo y JLO ya negoció las primeras imágenes de sus gemelos. Profundamente enfrascada en mi lectura, echo periódica y mecánicamente una mirada de soslayo a mis zapatos (Keinenore, palabra hebrea contra la mala suerte), son muchos los libros leídos en esta larga sesión, alargada en el tiempo como la sombra larga del poema, una sola sombra larga de sesión, jueves a las doce del mediodía, martes a las cinco en punto de la tarde, viernes a las nueve en punto de la mañana, con la boca siempre abierta (abra grande la boquita, dicen, inalterable y religiosamente el endodoncista, el implantólogo, el paradontólogo o las enfermeras, a pesar de que tengo la boca siempre abierta, no cuando espero (obviamente) y estoy leyendo una revista (*Cosmopolitan*); o un libro (*Experiencia*); o admiro la serie de retratos del papa Inocencio X pintados por Francis Bacon e inspirado en el famoso cuadro de Velásquez donde el dignatario guarda tenazmente cerrada la boca, como conviene a su alta altísima jerarquía. En cambio con mi boca bien abierta, el doctor puede trabajar bien dentro de ella; la saliva escurre por las comisuras, a pesar del extractor (mi boca es pequeña, me cuesta trabajo abrirla según lo requiere el trabajo de los dentistas o de las enfermeras). En cambio, tengo la boca debidamente cerrada cuando leo tranquilamente un libro en mi casa –no en

la sala de espera del dentista—, libro abierto de par en par, por ejemplo, *Vértigo* de W.G. Sebald (la versión inglesa, corregida por el propio autor, mucho más correcta y bella que las vertidas a otras lenguas). La enfermera regresa, el libro colocado como siempre en mi regazo, una frase a medias flotando en mi cerebro y la boca de inmediato abierta de par en par, especie de reflejo condicionado, como si me hubiese transformado en un perro de Pávlov; cerca, la plataforma repleta de herramientas pequeñas, delicadas, precisas, exactas, el médico con su mordaza azul, sus instrumentos de tortura, sus guantes de látex delgadísimos: no impiden los movimientos ni la sensibilidad más delicada —evocan otros guantes, los que calzan otro tipo de piel, como la de mis zapatos más finos (los uso para escribir) o estos zapatos color verde nilo de lino y seda, adornados con estoperoles que calzo especialmente cuando acudo a la consulta (debajo del calzado, los huesos se deforman: uno adopta la forma de un martillo).

¡Qué curioso, reflexiono de repente! La mayor parte de los retratos del Renacimiento y aun los de siglos posteriores representan a los retratados con la boca cerrada y, sólo en ocasiones, como en el caso de la Mona Lisa, una ligera sonrisa ilumina su rostro, pero no deja asomar los dientes. No es sino hasta el siglo XX en que los pintores empiezan a darle una especial significación a los dientes de sus personajes, véase Picasso, por ejemplo y, ¡claro!, Francis Bacon (¿Será verdad?).

[Lo he visto, recostado en la camilla. Es George Dyer, amante de Bacon, abre una boca voraz, como si quisiese devorar toda la tierra y a todos los hombres que en ella habitan].

Todas las lecturas son funcionales, como la anestesia local, ésta (hablo de la anestesia, espero que se entienda) ha sido para adormecer mi colmillo inferior izquierdo.

Soy Nora García, la secretaria del doctor Arnaud, me dicta un trabajo que leerá en un próximo congreso.

Escribo:

Un mono sentado ante una máquina de escribir, te-
cleando al azar, podrá escribir todas las novelas,
todos los poemas, todos los relatos y ensayos que caben
en el ancho mundo.

Hace mucho tiempo me puse por primera vez unos zapatos verdes de tonalidades similares a las de los zapatos que de reojo alcanzo a ver allá abajo, tirada sobre el sillón último modelo del dentista; los estrené cuando decidí iniciar una operación aún más delicada —un ritual a domicilio—, la de escribir un cuento o una novela calzada siempre con el último par de zapatos color verde fatiga, de tacón mediano, ni muy bajo ni muy alto (medios-botines) con su preciosa hebilla plateada, muy delgada, estilizada; divino calzado, cumple una función múltiple, en especial la de tranquilizarme, me permite colocar los pies firmemente sobre la tierra.

Los uso cuando escribo —se ha vuelto una manía usarlos y escribir que estoy usándolos—; para ir al dentista los traigo cuidadosamente empacados en su envoltorio original, no corren riesgo de maltratarse, la suela se mantiene limpia, la piel intacta: los calzo en cuanto me acomodo en el sillón reclinable del dentista; suntuosos, mis pies se apoyan en el mueble (los zapatos limpios de las molestas peladuras que los afean cuando se usan de manera cotidiana), preparados para afrontar con perfección y ánimo resuelto las tribulaciones de la vida.

[Cuando Bacon traza la diferencia entre dos tipos de violencia —la del espectáculo y la de la sensación— asegura: hay que renunciar a una para alcanzar la otra: declaración de principios: un acto de fe en la vida].

93.5 FM, 103 AM , noticias transmitidas por Nora García de lunes a viernes de seis a diez de la mañana:

Terror en el cine porno. El sida de un actor frena los rodajes de cine X en los Estados Unidos.

La industria pornográfica estadounidense ha decidido parar su producción dos meses, tras descubrir que uno de sus actores, Darren James, era portador del sida. Ya se sabe que la protagonista Lara Roxx también se ha infectado.

La noticia ha sembrado escalofríos entre los profesionales del sexo: han dejado de filmar hasta que se conozca la magnitud del contagio.

La Fundación Médica para la Industria Adulta ha pedido la moratoria y ha puesto en su web los nombres de otras posibles víctimas: catorce actrices con las que estuvo James tras su película y treinta y cinco parejas más con las que actuó en otros filmes. Todos permanecerán en cuarentena.

Al mes se hacen mil doscientas pruebas, pero menos del veinte por ciento de los actores usa condón; los productores aseguran que el preservativo no es muy popular entre los adeptos del género, porque, además, cosa fundamental, mata la fantasía (¿de verdad la matará?).

(La moratoria podrías suponer cuantiosas pérdidas para un negocio que genera dos mil trescientos millones de dólares al año).

(Se dice que uno puede contagiarse de sida en el consultorio del dentista, el mío asegura que es imposible, los instrumentos se han desinfectado perfectamente, a temperaturas muy elevadas, agrega: el virus del sida es muy frágil).

Ha muerto Marlon Brando, digo, interrumpiendo lo que estaba diciendo, lo digo con voz poco profesional, deja filtrar la emoción: ¡fue tan guapo, tan buen actor!

Queridos amigos, hasta mañana, soy Nora García, su locutora, en las frecuencias 93.5 FM y 103 AM de su radio: estamos a sus órdenes en este programa transmitido diariamente de seis a diez de la mañana.

Cuando el dentista y los técnicos terminen el trabajo de reconstrucción de mi mandíbula inferior, podré llevarme el puente puesto, un puente hecho a la medida, como si se tratara de un par de zapatos de diseñador ¿Blahnik?, ¿Ferragamo? (el diseñador italiano fabricaba bellas y eficientes hormas de madera talladas a la medida de los pies de cada uno de sus clientes (Mussolini,

por ejemplo) o sus clientas, Silvana Mangano, Marilyn Monroe, Norma Shearer, Gloria Swanson). Prefiero a Ferragamo, Blahnik es demasiado aerodinámico para el estado actual de mis pies y para mis lumbares.

Consulté a un dentista en Boston, define a los miembros de su profesión no como médicos sino como arquitectos, urbanistas o ingenieros de puentes y caminos de la boca, arreglan las tuberías, los desagües, las trituradoras; sus especialidades son diversas, unos matan los nervios y perforan los dientes para excavar conductos subterráneos, hay quienes operan las encías (parodoncistas), operación sanguinolenta (encías sanas = dientes sanos), otros revisten las piezas como si revistieran las paredes con estuco, los demás ajustan los puentes removibles –también los permanentes–, los abrillantan: no es una cura, es una cosmética. Su trabajo, cualquiera que sea su especialidad, es minucioso y complicado, semejante al de un ebanista o al de un escultor, y su técnica recuerda a la utilizada por Robert Walser, el escritor suizo de principios del siglo XX, en el acto de producir la escritura: los movimientos de la mano son repetitivos, machacones, milimétricos, como sus microgramas, páginas descubiertas después de su muerte, rellenas de escritura diminuta, legible apenas con ayuda de un microscopio, semejante al que mi dentista coloca sobre sus lentes para verme mejor, o para ver mejor dentro de mi boca (asocio inevitablemente –asociación pleonástica– con el lobo de Caperucita) (aunque ya no me cuezco al primer hervor). Leo a Walser, siempre en el consultorio del dentista (su breve e insistente prosa, en especial la de los cuentos y los microgramas, inscritos en un territorio singular, el territorio de lo escrito a lápiz, distinto en su significación y en su trazado a cualquier otro de los territorios de la letra impresa); entiendo el sentido de los instrumentos insertados en mi boca abierta, producen un constante tintineo, alucinante, termina siempre en náusea (Walser es sólo un artesano, dice, hablando de sí mismo, cuando dialoga con Carl Seelig; ambos deambulan por los campos helados de Suiza, cerca del sanatorio de Herisau donde el escritor estuvo internado. Varios escritores han tenido la misma aspiración, la de ser simples

artesanos: el propio Walser, Walter Benjamin, Juan José Arreola y, sin ningún género de dudas, Georges Perec...

Y también los dentistas, quienes, como prodigiosos artesanos, descienden de los barberos).

[Si se puede explicar algo, decía Bacon, ¿para qué pintarlo? En sus proporciones toda belleza superior tiene algo de extraño: la boca bien abierta surge de un pozo profundo de color rojo carmesí; iluminados, surgen los dientes. El resultado: una sonrisa fracturada, obscena].

Son las ocho de la mañana, yo, ella (nosotras) transmite las últimas noticias (Radio 93.5 FM, 103 AM, en el cuadrante de su radio):

En algún lugar de África, durante uno de sus recorridos, una manada de elefantes encuentra el esqueleto de otro elefante.

Los animales se detienen de inmediato, se entristecen, hecho que ha podido deducirse por su comportamiento: la posición abatida de las enormes orejas, la enorme cola entre las patas. En señal de duelo y en estricto orden jerárquico, los animales van pasando uno a uno los huesos del esqueleto entre todos los miembros de la manada; los sostienen entre la trompa y los colmillos, los huelen, los acarician. A la matriarca le corresponde la cabeza –con los colmillos intactos–, la acaricia lentamente con su trompa. Ese espécimen perteneció alguna vez a la manada, razonan los científicos: en el camino han encontrado dispersos otros restos sin que se produjera la más mínima señal de alarma o mejor dicho, de duelo.

El tratamiento de blanqueo que utiliza la carbamida es contraindicado en personas que presentan pigmentación intrínseca tipo tetraciclina o hipersensibilidad dental; debieran utilizarse carillas de porcelana mucho más adecuadas en ese caso: se calcula que el tratamiento cuesta alrededor de unos tres mil quinientos dólares por los dientes superiores y otros tres mil quinientos por los inferiores.

Si además de ligeras separaciones entre los dientes o de malformaciones congénitas, dientes desgastados o erosionados, hay

manchas profundas, la solución es poner carillas: finas laminillas de porcelana parecidas a las uñas postizas adheridas al esmalte de los dientes. Se aplican en toda la dentadura o en unas cuantas piezas: en la primera sesión se toman los moldes y en la otra se colocan las carillas. No causan dolor ni molestia alguna.

Por sus dientes y por su pelo se ha podido reconocer a algunas de las mujeres asesinadas de Ciudad Juárez.

Ni las autoridades estatales ni las federales han podido resolver los crímenes ¿coludidas con los agresores (¿miembros de sectas satánicas, contrabandistas de órganos o bandas de narcotraficantes?)?: ¿93.5FM, 103 AM ?

Yo sufro de dolores musculares y de osteoporosis, mi ginecóloga (acaba de morir, desgraciadamente) me advierte: existe un solo remedio para combatir la disminución de densidad en los huesos, Fosamax, un medicamento cuya ingestión puede ocasionar gastritis agudas y náuseas (¿no funcionan acaso también algunos métodos que trabajan con el cuerpo, inventados por Alexander, Pilates o Feldenkrais?).

Levántese, tome la pastilla semanal con mucha agua, permanezca erguida, no se le ocurra acostarse, no tome medicinas de otro tipo, tampoco alimentos; transcurrida media hora puede reanudar su vida normalmente.

El Fosamax me producía náuseas y sentía como si mi esófago se hubiese lastimado: un ardor perpetuo me recorría de la garganta hasta el estómago.

Ahora ingiero un nuevo medicamento que acaba de aparecer en el mercado, se llama Evista, me lo recomendó mi nuevo ginecólogo —el que sustituyó a la doctora que antes me atendía y que murió de cáncer cervical—; se trata de una pastilla blanca de forma octagonal, se toma por las mañanas antes del desayuno y no tiene efectos secundarios, o por lo menos no me ha causado hasta ahora ninguno: no he tenido ni náuseas ni acidez ni gastritis ni ningún tipo de molestia relacionada con el estómago, ni siquiera un mal sabor de boca.

Los científicos aseguran que el cabello y las uñas suelen crecer después de la muerte, pero los dientes no.

¿Cómo siguen sus cervicales, pregunta mi dentista, mientras examina mi boca?

[Durante largo tiempo, los temas predilectos de Francis Bacon fueron la Orestíada de Esquilo y la crucifixión de Jesús. Pienso que él prefería a Orestes, yo, en cambio, prefiero a Casandra, el personaje trágico por antonomasia].

Jan Potocki se suicida de un tiro en la cabeza, dispara contra sí mismo después de terminar la última versión del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*.

La bala es de plata, reposa en su escritorio.

Potocki fue un noble polaco, francófono, erudito y viajero, transitaba entre el gabinete de estudio y los grandes caminos, las embajadas y la corte. Encarna la imagen más perfecta de la clase ilustrada de la Europa de su tiempo, finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando la cultura se hablaba en francés. (A menudo sufría de los dientes: la bala con que se mató tenía forma de muela).

[Dientes puntiagudos de roedor, ávidos, carnívoros, de hombre o de primate, relumbran en la oscuridad:

Cabeza VI de Bacon, serie exhibida en la Galería Hanover de Londres, 1949].

Mientras se recuperaba de una operación a corazón abierto, me cuenta riendo el doctor Arnaud, interrumpiendo su trabajo y con los ojos muy brillantes, uno de mis pacientes empezó a sentirse muy mejorado, sintió un ligero escozor en su boca desdentada: al verse en el espejo advirtió que empezaban a brotarle de nuevo los dientes: un mono pequeño modificado genéticamente podrá ayudar a derrotar todas las enfermedades, el sida, el mal de Alzheimer, las enfermedades coronarias, la influenza porcina, cualquier

tipo de cáncer, la diabetes, el mal de Parkinson y, finalmente [una estupenda noticia para los que los hayan perdido], a quienes les falten dientes les brotarán sanos y perfectos, como a los niños cuando mudan, a los tiburo-nes cuando sufren una tercera dentición y a los ancianos de más de ochenta años que hayan vivido sanamente.

Cuando regreso a mi casa, se lo cuento también a mi marido; me mira con desprecio, no me cree y me dice solamente: lo que cuenta tu jefe es pura ciencia ficción.

Suspiro: ¡nunca aprendo a cerrar la boca!

Sigo leyendo en la sala de espera del dentista, he leído muchos libros en esta misma sesión interminable extendida en el tiempo, un mes, dos, tres, un año, uno y medio, dos años, tres largos años, leo ininterrumpidamente Amis, Sebald, Dostoievski, Coetzee, Potocki, Bellatin, Edgar Allan Poe (Berenice, Ligeia, Morella), Thomas Mann, Rousseau, Nellie Campobello, las entrevistas de Sylvester a Francis Bacon, Sánchez Mejías, *Vanidades*, *Elle*, *Cosmopolitan*, *Hola!*, Sor Juana.

La recepcionista me ofrece una Coca Cola light, contiene fenil-cetominas, falsos edulcorantes: hacen daño aunque no caríen los dientes: permiten conservar un peso estable. El Aspartame como el Ciel son propiedad de la Coca Cola, bebidas que sí producen caries: ¿por qué las ofrecerán en el consultorio del dentista?

Las revistas que hojeo son siempre nuevas, de la misma semana o del mes en curso, nota efectiva, distintiva de clase; en los salones de belleza y los consultorios dentales de barrio, las revistas son atrasadas, amarillentas, deshojadas.

[Hay que considerar de manera especial el problema del grito, las mandíbulas bien abiertas, los dientes aguzados, rodeados de oscuridad y, sin embargo, atravesados por la luz y no por la caries. ¿Qué encuentra el pintor de esencial en el grito? ¿uno de los puntos culminantes de la pintura de Francis Bacon? Cuando alguien ríe o cuando alguien grita, enseña los dientes. Las fuerzas

productoras del grito convulsionan el cuerpo y lo proyectan desde la boca, la convierten en un territorio singular, emblema puro de fuerzas invisibles e insensibles, desbordan al mismo dolor en sí mismo, desbordan la sensación que lo ha producido: ¿la virgen-murciélago de la crucifixión que pintó Bacon en 1950? Su vulva, gigantesca en proporción a su cuerpo, deja un espacio pintado de oscuro, una vagina [probablemente] dentada].

El dolor de los dientes (escribe mi amigo, el poeta Pedro Serrano), las encías lastimadas por el movimiento de los ganchos, el buche de agua y el escupitajo de saliva y sangre, el derrumbamiento al levantarse. Coger el vaso de plástico con el líquido azul, estirarse hacia la palangana, doblarse y escupir. Y luego y antes la conciencia, el temor a los ganchos que se mueven adentro, tocan los dientes, los raspan, los ejecutan. Y la tristeza que ese dolor ocupa, el miedo y el vacío que ese dolor habita. Abrir la boca y entregarse a esas manos ajenas que allí hurgan como una confesión.

(Es un poema, me he tomado la licencia poética de prosificarlo, lo leo entre una y otra transmisión) (93.5 FM, 102 AM)

[En el espejo, el rostro de George Dyer es un muñón de cabeza sobre sus espaldas. La deformación se instala triunfante, entre sombras grises y verdes, una ficción de pigmento blanco hace restallar los dientes: ¿una eyaculación?

Cuando era joven, confiesa Bacon, buscaba temas límite para mi pintura, a medida que envejezco, mi propia vida me proporciona todos los temas].

Es igualmente importante un guijarro que una catedral, dice Nora García la locutora (a quien oigo en la radio (93.5 FM y 102 AM)) que decía San Francisco. No soy muy católica, pero me protejo de las malas vibras con un amuleto en forma de pulsera que he comprado en la iglesia de San Agustín en Polanco. Le amarro tres listones —uno verde, uno rojo y otro morado— a san

Charbel (san Charbelito de cariño), el santo libanés que es muy milagroso.

El médico me tranquiliza como si fuera una niña, asegura que pronto me colocarán mis nuevos dientes (son postizos, ajenos, artificiales), cuando los veas no te vas a reconocer, tu boca perderá el aspecto desolado de un viejo Volkswagen (quizá aún más maldreado, como los coches de los taxistas mexicanos) (un sedán, un modelo que desde hace largo tiempo sólo se fabricaba en México: los han descontinuado y sustituido por los escarabajos (beetles), coches compactos, brillantes, de desquiciante diseño). Tu boca tendrá, insiste, la apariencia de un Rolls Royce, ya lo verás, será una transformación milagrosa, una transformación que ha tardado más de dos años en producirse (los Rolls, los Jaguares y los Mini Cooper son muy seguros, nadie los roba, son invendibles) (los escarabajos de la Volkswagen rompen el récord de robos y ocupan el primer lugar en las estadísticas de siniestros: los seguros son muy caros).

El dentista, como los hojalateros, arregla –perogrullada– la carrocería bucal.

[Un paradigma se olvida pronto. El alma de la Pitia, la sacerdotisa de Apolo –descifra los oráculos– es solo un pedazo de madera, un instrumento musical: puede pulsarse. Tiene prohibido acercarse al Dios, repleta de profecías; inmaculada, llegará a él, como si fuese un instrumento musical intacto y armonioso y no un cuerpo enfermo y agitado. Una de las sacerdotisas visita al Dios, en estado de extravío, al llegar al umbral del templo de Apolo naufraga como un barco desamparado].

Hace más de veinte años, el 25 de julio de 1984, murió Michel Foucault: tenía cincuenta y ocho años. Como ustedes bien saben fue un filósofo audaz y dejó una obra inacabada, abierta.

Su compañero Daniel Defert, fundador de la Sociedad Aides, vuelve a contar la historia: un domingo Michel sufre un síncope. No logro comunicarme con sus médicos. Su hermano, el cirujano, se

ocupa de trasladarlo al hospital más cercano a nuestra casa. El lunes reaparecen los médicos. Los funcionarios del hospital de nuestro barrio pretenden desembarazarse de un enfermo molesto y hacen arreglos para trasladarlo al Hospital de la Salpêtrière; es evidente que sus médicos de cabecera quieren instalarlo en una sección del hospital sin relación con la enfermedad nefanda, el sida. Descartan el hospital Claude Bernard donde atiende Willy Rozenbaum.

Llegamos a la Salpêtrière el día de Pentecostés, antes de mediodía, nos atienden en la noche y de muy mala manera: Michel, extremadamente agotado, casi incapaz de ingerir bocado. Permanecemos en un pasillo. Nos dicen que la habitación no está lista aún. Reclamamos una silla y una bandeja con alimentos. Jamás pensé que nos tratarían de esa forma...

Dos días después, Michel sufre una infección pulmonar; circula la hipótesis de que pudo haberse infectado en el hospital. Lo transfieren a terapia intensiva. Detecto una forma de funcionamiento, una enfermera auxiliar repetía que la habitación no estaba desinfectada y que hubiésemos debido esperar; al descubrir que se trata de Foucault, otra lo manda instalar con precipitación en una habitación aún no desinfectada... Empiezo a percatarme del juego de relaciones de poder en un servicio hospitalario, también el juego de ocultamiento de la verdad...(93.5 FM y 102 AM)

Hurgan, raspan, limpian, colocan el puente, lo adhieren con un sólido cemento, no demasiado, para que luego el dentista o las enfermeras puedan maniobrar y despegarlo en la próxima y siempre interminable sesión (se prohíbe comer o fumar durante dos horas, tiempo razonable, pienso, casi el que necesito para regresar a mi casa: prohibido partir pistaches o nueces con los dientes o masticar chiclosos). Mi dentista de cabecera es un verdadero artista, un escultor; al final de cualquiera de sus intervenciones, los dientes quedan perfectos: excava, rebaja, pule, afina, trabaja con instrumentos de precisión para reparar los huesos faciales devastados por las sinusitis: su especialidad, la cirugía máxilo-facial, especialidad predominantemente estética.

Una de cada cuatro jóvenes sudafricanas está infectada con el virus del sida. Un tercio de las mujeres afirman que fueron forzadas durante su primera relación sexual. Sudáfrica es el país del mundo más afectado por el virus. Un estudio de la Universidad de Witwatersrand ha determinado ahora que casi una de cuatro mujeres de entre veinte y veinticuatro años está infectada. El nivel de infección es mucho menor entre los hombres de la misma edad [me da susto, en el salón de belleza la manicurista me cortó la cutícula y me hizo sangrar, los instrumentos de manicure no parecían estar esterilizados] [¿quién me manda ir a salones de pacotilla! Este parecía elegante. Hubiese por lo menos debido llevar mis propios instrumentos].

Tras varios años de haber sostenido teorías extravagantes, como que la causa del sida no es el VIH, el presidente sudafricano, Thabo Mbeki, ha empezado este mismo mes –dos años después de que una sentencia lo obligase a ello– a aplicar un programa de suministro de fármacos antisida en los hospitales públicos del país.

La oposición y las ONG sospechan que la resistencia del presidente sudafricano a la utilización en su país de los fármacos antisida se debe a que tienen miedo de una catástrofe presupuestaria. Cada día mueren de sida seiscientos africanos y setenta mil se infectan cada año por la transmisión de madre a hijo. Con todo, las mujeres jóvenes están llevando la peor parte de la desastrosa epidemia. Las muertes de mujeres entre veinte y cuarenta y nueve años se han triplicado entre 1998 y 2008 (93.5 FM y 102 AM).

No puedo dormir, me siento excesivamente corpórea, cada una de las partes de mi cuerpo pesa, diente por diente, especialmente en donde me han practicado una endodoncia, las piezas punzan, duelen, intensamente. La lluvia se oye en el tragaluz, finita a veces, gruesa otras, sobre todo si es granizo: me irrita. ¡Vaya nochecita!

[Aunque Bacon prefiere considerarse como un pulverizador o un excavador, actúa más bien como un detector. Si la vida excita, la muerte, su opuesto {como una sombra}, debe excitar aún más.

O quizá esa no sea la palabra adecuada, la muerte no excita: es necesario estar consciente de ella de la misma forma en que se está consciente de la vida].

Jaime Arnaud, el patólogo, me dice, Nora, escriba (ahora se pasa la vida dictándome, dicta sin cesar, yo escribo mecánicamente, apenas entiendo lo que escribo, llegué al consultorio con la cara hinchada, mi marido me golpeó y ni con los anteojos oscuros se disimulan los moretones, pero no importa, el doctor Arnaud está siempre distraído):

Las heridas producidas por mordeduras humanas son contusas. Heridas a veces más graves que las que produce un animal. Hay por lo menos dos variantes:

1. La mordedura activa, en la que el agresor clava voluntariamente sus dientes en la víctima. Las áreas más afectadas durante riñas y altercados, por estas mordeduras activas, son la cara (mejillas, nariz y orejas) y las manos. En las últimas décadas se ha prestado especial atención en la literatura médica a las mordeduras humanas en la cara y en otras zonas erógenas, durante los intercambios amorosos apasionados, con pérdida de control de la presión ejercida con la dentadura (en inglés, recalca Arnaud, se les llama específicamente *traumatic love bites*, (presto atención, recuerdo que antes de casarme, durante esos intercambios, yo no mordía, arañaba) (compruebo después que el doctor Arnaud dicta frases extraídas del diccionario filosófico de la cirugía, compuesto por Cristóbal Pera) (¿con qué objeto?). Cuando regreso a mi casa, me dan ganas de morder con rabia a mi marido, nada de pasión ni de erotismo, dejar para siempre las huellas de mis dientes en todo su cuerpo: pero bien dice el refrán, del dicho al hecho...

¿Puede uno contagiarse de sida en el consultorio del dentista?, le pregunto al médico. No, me responde, el sida no se contagia, todos los instrumentos son desechables, las limas, las agujas, las fresas, los ganchos, los taladros; los demás se esterilizan en autoclave a temperaturas altísimas y a gran presión; las fresas sólo tocan el diente, nunca la encía ni la lengua (obviamente): los dientes no tienen la misma estructura que el resto del cuerpo. Así es (su explicación me tranquiliza).

[En la pintura de Bacon hay tres fuerzas, una es invisible, aísla. La segunda deforma, se apodera de los cuerpos y la cabeza de la figura. La tercera disipa, aplana, difumina].

93.5 FM, 103 AM :

Después de su muerte, vuelve a declarar Daniel Defert, el compañero de Michel Foucault, me pidieron que fuese al registro civil de la Salpêtrière. El encargado estaba de muy mal humor. Le digo: escuche, los periodistas nos sedían desde hacía días, quieren saber el diagnóstico y confirmar si murió de sida. Quería evitar que su madre se enterase por la radio... Regreso a las doce, como me lo indican, acompañado de Denys Foucault, su hermano, y el médico que lo atendía desde diciembre. En el escritorio veo un papel firmado por mí, lo leo: causa de defunción: sida: me asombra, es la primera vez que la enfermedad se menciona. Pensaba, digo, que las causas de la enfermedad no aparecían consignadas en el acta. No se preocupe, contesta el médico, haremos desaparecer el dictamen, no quedará ninguna traza. De manera violenta, me entero de la verdad: confirmo que el sida es una enfermedad impensable para el imaginario social (Hay que recordar que estos textos se escribieron en la década de los 80, ahora las cosas han cambiado, soy Nora García, interrumpo la noticia para hacer este paréntesis, en este aniversario de la muerte del gran filósofo francés). Me parece inadmisibles que los jóvenes, a punto de morir, no puedan obtener un reporte verdadero acerca de su enfermedad. En el hospital estaban obsesionados, temían cualquier indiscreción periodística, publicación de fotografías, inicio de procesos...

En cualquier caso, encuentro insoportable el hecho de que una enfermedad sea objeto predilecto de la voracidad social y al mismo tiempo se oculte información acerca de ella.

Cuando el médico me dijo que iban a hacer desaparecer el diagnóstico, no comprendí. Para mí, tener sida no era ningún escándalo. Michel hubiera podido decirlo, pero ese no era su estilo y las circunstancias no nos fueron propicias.

Desde el momento mismo en que murió, sin poder o sin saber decirlo, me vi obligado a no decirlo en su lugar, decirlo significaba contradecir la ética médica a la que adhiero. No decir nada era confesar el miedo al escándalo. Tuve que resolver ese problema: no hablar por él, pero tampoco quedarme con las manos cruzadas. Sentí la obligación de crear algo que no fuese una palabra sobre su muerte; decidí entonces emprender la batalla sobre la base de una solidaridad, una responsabilidad del militante gay. Un conjunto de cosas me indicaba que no se trataba de un duelo como el de los demás y lo convertí en un duelo de combate.

[Picasso pinta bocas desmesuradamente abiertas, gritan sus mujeres en Guernica. Las bocas abiertas de Bacon exhalan un olor reciente a carnicería].

En esta ocasión, además de vestir un traje oscuro recién comprado, mis zapatos color verde seco de punta cuadrada y estoperoles plateados, llevo puesto el collar de marfil que mi madre me regalara antes de morir. (El marfil proviene de los colmillos de elefante, los dientes gigantescos de los elefantes) (estos animales se encuentran en vías de extinción, me da pena y a la vez orgullo usar este tipo de joyas –tengo asimismo varias pulseras de distintos tamaños y modelos) (¡cómo me hubiera gustado tener un collar hecho con colmillos de mamut!).

No se limitan a darme unos cuantos segundos de respiro –la tierra, últimamente, por los suelos–. Los zapatos son pura forma, decía el escultor inglés Henry Moore. Podría usar zapatos tacón de aguja, alto y estrecho para unas zapatillas bordadas con pasama-

nería, o unas sandalias de Calvin Klein, piel de pitón, en el color ineludible este verano, el rosa pastel, tacón altísimo ensanchado en la base, adelgazado en medio y de nuevo ensanchado en el talón. El tacón cuña, moda exótica y étnica, es el nuevo símbolo de la década de los setenta en su versión hippy, los uso para bailar todas las noches. ¿Todas? En la pista de baile una se olvida completamente que se tiene dentadura. Solo cuentan los pies –descalzos—... He tomado un antibiótico para prevenir infecciones, el dentista me advierte que no debo beber alcohol, puede producirse una intoxicación. Olvido sus palabras. Antes de cenar acepto un aperitivo, luego, vino con los alimentos. ¿Me producirán alucinaciones, algo parecido al delirium tremens?

2. La mordedura pasiva que comprende las heridas producidas en el puño cerrado de un agresor cuyo golpe impacta sobre el borde cortante de los dientes de la presunta víctima, es la denominada *clenched fist injury* (... Arnaud deletrea lentamente, sabe perfectamente que no sé inglés) (¿por qué lo dice en inglés, acaso no hay palabras en español para describir las cosas? ¡Vaya manera de complicarse la vida!)... o lesión con el puño cerrado (por fin, haberlo dicho antes en español, hubiéramos ahorrado tiempo, qué pedantes son los médicos) en la literatura en lengua inglesa (lesión con el puño cerrado, estas palabras se me quedan grabadas en la cabeza: cuando mi marido se enoja me golpea en la cara con el puño cerrado, y una vez estuvo a punto de romperme los dientes, pero cuando se acuerda de que puedo denunciarlo, como anuncian en la radio, lo piensa mejor y me pega sobre todo en las nalgas para no dejar huellas visibles en mi cuerpo, como los musulmanes que golpean a sus mujeres con permiso del profeta [lo sé bien, lo vi ayer en un Youtube que me mandó mi hermana, aprovechando un momento de respiro en la oficina]).

[Nunca la voracidad visual de Bacon fue más evidente: su fascinación por todo tipo de técnicas de reproducción: sus pinturas preferidas lo estimulaban más en fotografía que en el original.]

Siete de cada diez hombres creen que la calva les resta atractivo, leo en las revistas siempre renovadas y expuestas en la mesa de la sala de espera del consultorio de mi dentista de cabecera. Los especialistas alertan contra el uso de esos productos sin prescripción médica. He tomado un antibiótico para prevenir infecciones, el dentista me advierte que no debo beber alcohol, puede producirse una intoxicación. Olvido sus palabras.

De regreso a casa, tomo un taxi y me voy con unos amigos a mi bistró preferido en la colonia Condesa; antes de cenar acepto un aperitivo, tomo luego vino con los alimentos.

¿Me producirán alucinaciones, náuseas o algo parecido al delirium tremens? ¿Soñaré con vampiros?

De acuerdo con las estadísticas médicas, a los dentistas les corresponde el índice más alto de suicidios.



▣ **Mario Bellatin**

Nació en México en 1960 y estudió cinematografía en Cuba. Por circunstancias personales, se trasladó a Perú, donde dio a conocer su obra literaria, que obtuvo una amplia difusión y varias de sus novelas fueron llevadas a la escena. Es autor, entre otros, de *Mujeres de sal* (1986), *Canon perpetuo* (1993), *Efecto invernadero* (1996), *Damas chinas* (1998), *Poeta ciego*, *Efecto invernadero* (1992), *Perros héroes* (2003), *La jornada de la mona y el paciente* (2006), *Pájaro transparente* (2006), *El gran vidrio* (2007), *Condición de las flores* (2008), *Los fantasmas del masajista* (2009) y *Biografía ilustrada de Mishima* (2009). Actualmente es miembro del Comité de Documenta Kassel.

▣ **Ricardo Sigala**

Nació en Guadalajara, Jalisco (1969). Estudió la licenciatura en Letras y la maestría en Literaturas del Siglo XX en la Universidad de Guadalajara. Es autor de los libros *Periplos* y *Paraiplos*. Varios de sus relatos se han traducido y publicado en Eslovenia. Actualmente es el coordinador de la licenciatura en Letras Hispánicas del Centro Universitario del Sur. Desde hace muchos años dirige un taller literario en Ciudad Guzmán.

▣ **Atzimba Mondragón Galindo**

Nació en Guadalajara, Jalisco (1970). Licenciada en Letras por la Universidad de Guadalajara. Profesora de la Preparatoria 12 de la UdeG, en la que es responsable de los programas de fomento a la lectura. Forma parte del Comité Literario de FIL-Joven del Sistema de Educación Media Superior (SEMS).

▣ **Dulce María Zúñiga Chávez**

Nació en Culiacán, Sinaloa (1961). Realizó estudios superiores (licenciatura, maestría y especialización) en la Universidad Paul Valéry de Montpellier, Francia. Entre sus publicaciones, destacan *Intertextos*. *Calvino-Borges-Fuentes* (1989), *La novela infinita de Italo Calvino* (1991), *La culpa es de la luna* (1995) y *La intertextualidad en Si una noche de invierno un viajero* (2001). Actualmente es directora de la División de Estudios de la Cultura y coordinadora académica de la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la UdeG.

